

LA SIERRA

Organo de la Juventud Renovadora Andina

SUMARIO

SALUDO, por Luis E. Valcárcel.—EDITORIAL, por J. Guillermo Guevara.—IDEARIO. COSTA y SIERRA, por Luis E. Valcárcel.—LA REFORMA DEL INDIO, por Victor J. Guevara.—SIEMBRA, por Juan Manuel Delgado.—HIMNO AL ANDE, por Luis A. Rodriguez.—CREDO, por Alberto Delgado D.—PAGINAS DE ARTE: IDILIO ANDINO, por A. Max León.—NOCHES DE LUNA, por Vargas Hnos.—EVOCANDO EL PASADO INCASICO y otras, por Martín Chambí.—INDIATIDE, por J. Uriel García.—NOCTURNO PICTORICO, por Cesar A. Rodriguez.—EXPEDICIONES DE LA COMISION DE LA UNIVERSIDAD DE YALE AL CUZCO, por Fortunato L. Herrera.—LAS CAMPAÑAS RELIGIOSAS DE AYER Y LOS NUEVOS TIEMPOS, por Emilio Romero.—ADMONICIONES.—UNA DOCTRINA AMERICANA, por Eladio Límaco.—PANTEISMO ANDINO, por José Z. Portugal.—REFLEXIONES, por Alberto Mostajo.—EL PONGO, por Sergio S. Caller.—EMOCION NUMERICA DE LA MUJER PERDIDA, por Emilio Armaza.—VISIONES DE LA PUNA, por Lucas Guerra Solís.—LOS PROBLEMAS INDIGENA Y AGRARIO (encuestas de "LA SIERRA").—LA TRILLA, por Humberto Pacheco.—DE ARTE y Dr. HUMBERTO LUNA, por J. Guillermo Guevara.—SURAY-SURYTA, (música incaica) por Roberto Ojeda.

Año I. Lima, (Perú) Enero de 1927 No. I.

Precio 40 cts.

LA SIERRA ”

REDACCION:

J. GUILLERMO GUEVARA (Secretario)

LUIS A. RODRÍGUEZ, A. MAX LEÓN, JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ

“LA SIERRA”

Publicará en el siguiente número artículos de

Juan Manuel Polar
Francisco Mostajo
Luis E. Valcárcel
Enrique López Albújar
Luis Velazco Aragón
Miguel A. Urquieta
J. Uriel García («El espíritu Incaico y la cultura colonial».)

José Carlos Mariátegui (Respuesta a la encuesta del Problema agrario)
Víctor J. Guevara (Respuesta a la encuesta sobre el Problema indígena)

Rogamos a nuestros colegas que al reproducir los artículos de “La Sierra” indiquen nuestra revista.

“GALERIA PARAISO”

PELOTA No. 615

Bergmann y Portocarrero

SOMBREROS DE MODA

Se confeccionan al gusto más exigente

PRECIOS EQUITATIVOS

62-4

LA SIERRA

ORGANO DE LA JUVENTUD RENOVADORA ANDINA

Revista mensual de Letras, Ciencias, Arte, Historia, Ciencias Sociales y Polémica.

Año V

Lima, Enero de 1927

No. I

33861

E D I T O R I A L

Esta revista representa la voz de los hombres del Ande. En sus páginas alentarán los ricos y multiformes regionalismos peruanos. La enunciación y discusión doctrinaria que les ha de dar, orientará la formación de un nuevo espíritu comprensivo y armónico del sentimiento nacionalista. Gentes ignaras han interpretado el regionalismo como una tesis exclusivista y absurda, contraria al nacionalismo o a las doctrinas político-socialistas. Por eso «LA SIERRA» dilucidará su posición enfrente del nacionalismo y el humanismo, de donde se deduce que, sus páginas, antes que representar el sentir subjetivo de un grupo de intelectuales, serán la sintetización de un renovador anhelo nacional. Están además abiertas a cuantos quieran decir la verdad, excecerar la injusticia o intuir una senda al porvenir.

«LA SIERRA» expresará los sentimientos y las nuevas corrientes ideológicas que conmueven el Perú del Ande y son pregonados por sus hombres, cuyo espíritu y mentalidad, ha venido trasmutándose al compás de los credos de la época y de la filosofía contemporánea, a quien no le entusiasman ni ganan su adhesión las prédicas de los capituleros profesionales y de jingoistas camanduleros.

En el Perú no hay verdadera conciencia nacional. En América tampoco existe una conciencia americana. Hasta hoy ¿qué ha significado para los indolatinos, el americanismo?; ¿y qué en el mundo las palabras nacionalismo y humanismo?; vanas abstracciones ideológicas o tremendas mentiras de fraternidad fementida. «LA SIERRA» aspira a definir las y esclarecer su contenido doctrinario. Procurará crear un espíritu nacional peruano, contribuyendo de esta suerte, a la formación de un espíritu autóctono americano, y por ende y más allá, humanista.

El Perú tiene vitales y humanas cuestiones por resolver. En estas páginas serán planteadas y discutidas así las que tengan carácter político como sociológico y moral, allanando el camino a soluciones radicales. Los problemas indígena, educacional y agrario,

son los que más reclaman y embargan nuestro pensamiento. Es que son consustancialmente nuestros, y por eso, les plantearemos rotundamente.

El indio no es el espécimen humano que marcha hacia la completa decadencia, es más bien un factor redimible que conserva incólume el espíritu de la raza; accesible a la adaptación en las modernas formas de la vida. «LA SIERRA» luchará preferentemente por su redención. Al respecto de los complejos problemas nacionales, como éste, no hablará por boca de ganso, los expondrá vivida y experimentalmente, desde puntos de vista principistas, ajenos a intereses secundarios o de camarilla.

El problema educacional merecerá su primordial atención. El estado de la enseñanza elemental y superior, es lamentable, a su ineficacia se debe el atraso y la ignorancia en que se encuentra el Perú. En más de cien años que el Estado ha hecho «obligatoria» la enseñanza primaria en «su grado elemental», las cuatro quintas partes del total de la población peruana, no saben leer ni escribir. De la quinta parte restante que podemos llamar «detrada», las dos terceras partes no tienen concepto cabal de su personalidad. Ni está el secreto milagroso en abrir universidades, centros de cultura superior, o crear centenares de escuelas a troche y moche, sino en saber organizarlos, dotarlos de profesorado consciente y competente y abastecerlos de los materiales y elementos que requieren la metodología y pedagogía científicas.

La cuestión agraria en el Perú ha surgido de la lucha entre el indio sumiso y el «blanco» o «misti» que le ha robado, le sigue robando o expropiando sus tierras. Es una lucha en que las armas del «blanco» o «civilizado» son la iniquidad, la extorsión, las malas leyes, la carabina «Winchester» y la «verga» que cae sobre las desnudas espaldas de su contrincante, cuyas armas son la justicia, la desesperación y las lágrimas, y que ha dado por resultado la ignorancia y la esclavitud del indio, por una parte, y el ensoñoreamiento y la insolencia de su verdugo el «civilizado», por la otra. «LA SIERRA» está al lado del indio, de la justicia. Por eso, irá camino de la parcelación y de la pulverización del latifundio, sin embaimientos, es cierto, más también sin medrosidades, porque significará luchar por una verdad, una justicia y una liberación en bien de todo el *demos* peruano.

Poseedores de Arte propio: música, poesía, danza, arquitectura, escultura, pintura; de un espíritu, de una filosofía y de una ideología mutadoras, que en suma representan una **Cultura**, tenemos el deber de imponerla. A este gran programa de acción están en la inelectable obligación moral de sumarse los hombres libres y todas las fuerzas vivas y renovadoras del Ande. «LA SIERRA», es pues, protesta y primera reivindicación del serranismo que ha sido relegado a término secundario injustamente, y que hoy se precipita

rampante desde la altura, rompiendo el bastión granítico para enclavar cual nuevo Manco Capac, en árido litoral, la varilla simbólica de su superioridad civilizadora.

La labor de «LA SIERRA» será resueltamente palingenésica. La juventud física no tendrá carta de ciudadanía para colaborar en sus páginas. Pero tampoco la senectud será óbice para que espíritus preclaros admonicen y orienten. Ni bastará proceder solo a la serranía. ¡Cuántos han empañado la pureza de sus linfas espirituales con el vaho de las corrupciones! ¡Cuántos hay, cuyas almas envilecidas avergüenzan nuestro lar y provocan nuestra ira! Los que siendo jóvenes física y espiritualmente traicionan los ideales de rebeldía y renovación, echándose en brazos del conservantismo o de la concupiscencia, son más despreciables que los viejos que defienden sus métodos y sus intereses creados. «LA SIERRA» es una fuerza impetuosa de combate. Demolerá muchos falsos prestigios intelectuales. No usará de pseudónimos porque es vigorosa. En una revista deflagrante, de buida y bien templada pluma de acero, que ha de abrir hondos surcos en muchas carnes impuras, está demás el pseudónimo.

«LA SIERRA» cuenta con el consenso y la aceptación unánime de todos los escritores y artistas del Ande, por lo que significa movimiento ideológico orientador del serranismo, definido y orgánico. Sus hojas serán alimentadas, principalmente, por el pensamiento serrano. Vivirá mientras los intelectuales y artistas serranos le ofrezcan sus colaboraciones. Si muere por inanición intelectual no se culpe a sus organizadores; la culpa será de los que estando llamados a darle vida respondieron con el silencio; de los que comprometidos no cumplieron en reafirmar su serranismo, al son nietzschaniano de «dí tu palabra y rómpete».

«LA SIERRA», no es un mero esbozo intelectual, es más bien la iniciación de un vasto y hondo movimiento filosófico y artístico, que aspira a concretar en sus páginas las creadoras y rebeldes manifestaciones de su espíritu; que aspira a ser el órgano de publicidad en donde se proyecten dinamizantes y volitivas todas las fuerzas vitales del serranismo. Queremos demostrar que la renovación integral, la que se adentra en el alma de las razas y crea nuevas formas de vida, vendrá con los hombres del Ande, como bajan cristalinas, purificadoras y torrencialmente los deshielos de sus impolutas neveras.

«LA SIERRA», a la vez que, factor de cultura, es la primera reivindicación del serranismo e impulso inicial, de otra más definitiva, cuyo advenimiento señalará una época en la historia americana.

J. GUILLERMO GUEVARA.

I D E A R I O

POR LUIS E. VALCARCEL

De los Andes irradiará la cultura

El andinismo es mucho más que una bandera política; es sobre todo, una doctrina plena de mística unción. Solo con la fé de los iniciados, con el ardor de los prosélitos, el andinismo surgirá para encerrar en su órbita todo lo que los Andes dominan, desde su altitud majestuosa.

De los Andes tienen que nacer como nacen los ríos, las corrientes de renovación que transformen al Perú.

El indio es el único trabajador en el Perú, desde hace diez mil años. Levantó con sus manos la fortaleza gigantesca de Sajsawaman, la ciudad sagrada del sol, los templos y los palacios inkaicos, los grandes caminos continentales, la canalización de los ríos, la captación de las aguas, los colosales acueductos, las terrazas innúmeras, las subterráneas galerías, las urbes coloniales con sus moles catedralicias y sus conventos graníticos, los puentes, las fábricas, los ferrocarriles, las obras portuarias, las instalaciones infernales de las minas profundas, multimillonarias.

El indio lo hizo todo, mientras holgaba el mestizo, y el blanco entregábase a los placeres.

En la sangre india están aún todas sus virtudes milenarias.

Somos dueños de una de las más hermosas regiones del globo; la sierra y la montaña prodigan su belleza, como si no fuese bastante con la utilidad de sus ricos y múltiples productos, de todos los climas.

Podemos vivir en abundancia y bienestar. No nos torturan abismantes inquietudes. La tierra excede, prolífica y maternal, a nuestras necesidades presentes y futuras.

El virus moderno del parasitismo elegante penetra al Perú, por la puerta abierta de su capital europeizada.

Hay que oponer a la suicida tendencia de la vida muelle, la ley universal del trabajo, instituída como uno de los fundamentos de la grandeza inkaica.

COSTA Y SIERRA



En una sociología freudiana, estas dos regiones del Perú representarían los sexos. Feminidad la costa, masculinismo la sierra. Ya en el tiempo precolombino se habían marcado los contrastes: gentes amigas de la holganza, de la vida muelle, de los placeres viciosos, eran las del litoral, en tanto que las andinas se distinguían por la rudeza de sus costumbres, su frugalidad y su espíritu bélico. Bien lo hacía notar el fraile Las Casas, en su apologetica historia.

En el período de la conquista, las hazañas de los bravos aventureros se realizaban entre los riscos y los penascuales de las tierras altas; del Cuzco salían todas las expediciones, ya al Tucumán, ya a los desiertos de Atacama.

Existieron dos coloniajes: el Coloniaje de Lima, pleno de sibaritismos y refinamientos, con un acentuado perfume versallesco—la Perricholi su símbolo—, y el Coloniaje del Cuzco, austero hasta la adustez, varonil y laborioso. La colonia costera tiene su tradicionista y lá crónica cortesana de Ricardo Palma. La colonia serrana no está historiada.

El peninsular absorbió el barroquismo chimú-naska: tras de las montañas fué americanizado virilmente el hijo de Castilla. En las Sierras, lo indio se impone: a las orillas del mar, lo español.

Este «eterno femenino» de Lima tiene sus mejores páginas en la historia republicana, desde los albores de la vida libre. San Martín se adormeció en sus brazos con laxitud capuana, en tanto que Bolívar se vigorizaba en los fríos climas de los campos serranios. En el Cuzco, el Libertador se postró ante el solio de ¡los Inkas; en Lima, el Libertador esa servido de rodillas. Lima fué dos veces

violada por el invasor extranjero, y su feminidad se exacerbó siempre en su diplomacia versátil: ningún vencedor osó acercarse al Cuzco, y su masculinidad se dejó sentir en la enhiesta actitud bélica que le hizo—todo tiempo—temible.

Lima y la costa representan el aduar convertido en urbe, frente a la soledad parámica de sus arenales. El Cuzco y la sierra en la naturaleza, el ruralismo, lo perenne, lo indesarraigable. Nada extraño que Lima sea extrangerista, y el Cuzco, vernáculo, nacionalista, castizo, con un rancio orgullo de legítima prosapia americana.

Lima se regocija cuando el huesped hiperboliza su feminidad: «no hay mujer más bella en el mundo que la limeña». Al Cuzco le es grato el reconocimiento de su virilidad y de su altivez. Lima tiene la nostalgia de sus virreyes donjuanescos, y el Cuzco la de sus auteros reyes, los Hijos del Sol. Qué extraño que en Lima se pronuncie a cada instante el ditirámbo a la Madre España, con tierna emoción filial—serval—, y en el Cuzco no haya amenguado la hispanofobia de cuatro siglos, viéndose en cada península al verdugo de la raza.

Teatro de la historia índica es la sierra. En cada vallecito, en cada repliegue andino, en las planicies cordilleranas, allí se desenvuelve el proceso histórico del Perú.

La sierra es la nacionalidad.

El Perú vive fuera de sí, extraño a su ser íntimo y verdadero, porque la sierra está supeditada por la costa, uncida a Lima. Solo de este modo se explica que haya República Unitaria Central; que predomine lo que no es autóctouo; que gobierne y dicte las leyes una minoría extravagante sin ningún vínculo ni afinidad con el Pue-

blo del Perú, con la raza que creó la cultura por el esfuerzo milenario.

La monstruosa planta urbana crecerá en el litoral: extenderá sus tentáculos hasta el mar. Otra vez quien sabe Chan Chan y Cajamarquilla reunirán en seno millones de ciudadanos.

Y la civilización producirá sus frutos podridos, y su flor de decadencia

lucirá con los más lindos colores y el perverso aroma exquisito embriagará.

Pero un día bajarán los hombres andinos como huestes temerlánicas. Los bárbaros—para este Bajo Imperio—están al otro lado de la cordillera. Ellos practicarán la necesaria avulsión.

Luis E. VALCARCEL.

La reforma del indio

Del libro en prensa «HACIA INDOLATINIA»

En la obra compleja de la reforma del indio, hay que estudiar y señalar en primer término las causas que producen su actual estado de atraso y su cuasi degeneración. Probablemente en el conocimiento de esas causas se encuentra la pauta para el tratamiento de la reforma.

La más grave y profunda que hallamos es el alcoholismo, que, por afectar la constitución orgánica del indio, viene produciendo los más trascendentales trastornos en su idiosincracia psicológica y moral, así en el desenvolvimiento de su vida individual como en el de su vida colectiva, puesto que los actos psicológicos y morales están determinados en gran parte por los factores orgánicos. El aborígen peruano bebe con demasía y en la peor forma que es dable imaginar. Lo hace de noche, acostado, interrumpiendo la digestión, y convirtiendo el sueño que debiera ser reparador en una desgastante pesadilla. Por la mañana, antes de ningún alimento, y del desayuno, que no conoce, es decir, cuando no existen en el estómago sustancias nutritivas que pudieran modificar la acción tóxica del licor. Al medio día, cuando la fuerza del sol canicular es más enervante, lo hace, siempre que puede, en cantidades enormes, y tan de golpe, que queda medio asfixiado; así lo sor-

prende lo noche, fuera de su cama o rendido en los caminos, expuesto a la intemperie. Todos toman, el varón y la mujer y también los hijos, aunque sean chiquitines, «para prevenir la enfermedad» o «para cuando haga frío», dicen, y voltean, saboreando, el vaso o la copa, que para ellos encierra el néctar divino, el que hace olvidar las penas, mitiga los sufrimientos y reduce al estado de estúpida inconsciencia. Si hay un suceso feliz que celebrar, beben; si una desgracia o fatalidad que lamentar, también. Les nace un hijo, les muere un deudo, parten en viaje, regresan y llegan, para empezar la labranza, para suspenderla, para uncir el torete primerizo, al celebrar la fiesta del ganado, al ajustar un contrato, todo *tincan* con aguardiente. Engendran cuando están ebrios. Lloran, ríen, luchan, se recocilian, vienen a la vida, salen de ella, en medio de un ambiente de alcohol. Sus festividades religiosas, sus famosos *cargos*, no pueden concebirse sin el indispensable líquido transportador.

Se concibe que una existencia saturada de ese modo de licor no puede ser otra de la que es.

Ciertamente se objetará que el alcoholismo no es la causa única del mal estar de la raza indígena; porque también beben los mestizos; pero hay que fijarse en que la población mestiza

tampoco se encuentra en muy mejores condiciones; lo dice y clama su estado actual de decadencia, de manera que ese hecho, en lugar de ser un argumento contra lo que se viene afirmando, es una corroboración; fuera de que la cantidad o la forma en que beben ambas razas no es la misma. El mestizo, solicitado por sus necesidades urbanas, su oficio más activo y su incipiente aspirabilidad, toma menos y toma licores de relativa mejor calidad. El indio, entregado en sus quebradas y serranías a la molicie de una vida monótona e inerte, toma cuanto puede, tanto que si dispone de porción suficiente para asfixiarse, se mata sencillamente; y la calidad de aguardiente que le expenden los especuladores es de especie que constituyen horribles tóxicos, por las yerbas y mezclas con que disimulan la estufa.

El alcoholismo, si no es la única causa que mantiene al indio—y al Perú entero—en situación de atraso, es una de las principales y más desastrosas. El remedio se encuentra en la ley «seca», hecha ya aun por pueblos más sanos, como los Estados Unidos de América del Norte, y Rusia hasta hace poco tiempo.

Cualquier disminución al respecto de los ingresos fiscales, con la supresión del mojonazgo de alcoholes, sería insignificante ante la finalidad de la regeneración de una raza que vive una embriaguez continua de cuatro siglos.

El uso de la coca en la proporción y de la manera como la consume el indio, debería ser objeto de estudio y experimentación científicos; porque mientras se opina por algunos, acaso exagerando o desnaturalizado la clase de consumo, que produce un *cocainismo* enervante, por otros se afirma, y parece con relativo fundamento, que sostiene las energías vitales y repara las fuerzas agotadas. Con efecto, el indio operario que de momento carece de comida, con sólo masticar algunas decenas de hojas de coca, reanuda su trabajo con esfuerzo superior al momento en que estaba para descansar.

Vienen en seguida como causas des-

tructivas, la sífilis y la tisis importadas del ejército, principalmente de los cuerpos acantonados en la Costa. La mayor parte de los licenciados indígenas se restituyen a sus *ayllus* de origen, cuando escapan con vida del largo servicio militar que se les obliga a prestar, llevando en su organismo los bacilos de esas tremendas enfermedades, que en seguida, dadas las deplorables condiciones de antihigiene y la promiscuidad primitiva en que habitan, se propagan con rapidez y virulencia, produciendo crecidas cifras de mortalidad, que explican el estagnamiento y el retroceso numérico de la población indígena, que por su poca densidad y la fecundidad de las extensas tierras que ocupan, debiera haber crecido considerablemente.

La viruela, tan evitable mediante la vacuna, hace presa en la gente infantil, dejando materialmente en flor, multitud de existencias.

La falta de higiene personal y las costumbres antihigiénicas en que se debaten, difunden y arraigan cualesquiera dolencias convirtiéndolas en epidémicas, no se bañan nunca, ni se asean, apenas lavan la ropa interior, la cambian de tiempo en tiempo, beben de un solo vaso, comen con las manos, envuelven los alimentos en las ropas, un mismo utensilio lo emplean en usos incompatibles. Las viviendas carecen de ventilación y de pavimentación, son reducidísimas, muy bajas, semi-subterráneas, sirven a la vez para cocina, comedor y dormitorio, con frecuencia para alojamiento de los animales domésticos, e indefectiblemente están ubicadas al lado de los corralones de los ganados cuya emanación y humedad reciben.

La inculcación de la higiene es pues de apremiante necesidad, así como el alejamiento del indio de los batallones de la Costa.

En el reparto que hacen del tiempo cotidiano, ningún momento consagran a la satisfacción de las altas necesidades del espíritu. De vez en cuando a la venida del Cura o de alguna misión religiosa, ejecutan unas pocas prácticas, cuya significación no comprenden o musitan en una lengua que

no se adapta a la traducción de los dogmas y misterios católicos, unos rezos que mas bien son ejercicios de mecánica bucal.

Lo demás, el estudio de las cuestiones económicas, políticas y sociales, el conocimiento de los progresos de las ciencias, la meditación sobre los grandes problemas del universo y de la vida, la pura y alta delectación intelectual y artística, les son naturalmente ajenos desde que tampoco tienen libros ni saben leer. Cuando mucho el indio en su mocedad sopla la *qquena* y hace exhalar uno que otro son lastimero y monótono, muy por debajo, de la antigua música incaica.

Sus reuniones sociales son poco frecuentes; con motivo de enterrar a sus muertos, conmemorar su octavo día, celebrar sus matrimonios, merendar en el trabajo colectivo, la recepción de las *varas*, de festejar algunos santos. En carnal es que escancian en chozas, campos y vericuetos toda la triste alegría que puede encerrar su alma melancólica y apática.

Una reunión, una velada, por el puro placer de vivir, por gozar de una audición musical, o de cualquiera emoción estética o por cultivar la sociabilidad, les son desconocidas.

La indumentaria, es por lo común, la impuesta por los españoles durante el coloniaje, tejida y confeccionada por ellos, de las lanas de sus ganados, costándoles muy poco.

La alimentación es de los cereales y de los tubérculos que producen y en poca cantidad de las carnes de sus ganados. Rara vez, para ocasión solemne, compran arroz. Es una raza que en realidad se encuentra encerrada en si misma, en medio de un perpetuo y profundo aislamiento, sin mas vínculo con la parte culta (si puede llamarse así,) del Perú, que el veneno que le mata: el alcohol.

Para contrarrestar estos males, hay que cambiar las costumbres, inclusive el indumento; provocar, crear necesidades nuevas y cultas, esparcir, infundir en su alma el sentimiento de la aspirabilidad. Enseñar, educar las

masas. Tremenda tarea la de mudar costumbres cuya diuturnidad les hace incombovibles; mas es necesario realizarla. La simultánea y paralela ejecución de los muchos y diversos factores, medidas y reformas que se planteen pueden converger a dicho cambio que remolcará tras de sí, la adaptación de la parte sana de esa raza, a la cultura moderna.

La acción de las leyes puede en este caso resultar de alguna eficacia, por lo mismo que respondería a necesidades profundas de la naturaleza humana y del progreso social, y serían expedidas en medio de un ambiente histórico que en mucho ha superado y rebasado ya del estado social actual del indio y con miras a un mejoramiento que todas las razas antiguas buscan hoy con ansiedad.

¿Por qué la ley no podría prescribir la forma y la calidad de sus ropas? ¿Por qué nó, los compartimientos y condiciones higiénicas de sus viviendas? ¿Por qué nó, ciertos usos y espectáculos?

Es cierto, que habría que temer del abuso que en seguida cometieran las autoridades, aprovechándose del pretexto de hacer cumplir esas leyes, que se prestarían a darles ingerencia en los actos mas íntimos y personales del individuo, convirtiéndola en insupportable y atroz la situación del desgraciado aborigen, ni mas ni menos, como hoy proceden con la ley de conscripción vial, con la que van haciendo gemir al indio y locupletándose muchos funcionarios inescrupulosos; pero nosotros escribimos no para el abuso, sino en nombre del buen empleo de las leyes, mediante funcionarios sinceramente honrados. El desorden, el abuso, el atentado, no están sometidos a regla alguna. Con ellos no rezan la civilización ni las instituciones jurídicas. Son ilegislables e irrazonables. Infeliz del pueblo que vive bajo la arbitrariedad y el despotismo. No puede hacer el experimento de ley alguna, comprobando los aciertos o los desaciertos de su vigencia, es decir, está incapacitado de edificar jamás la ciu-

dad de sus ideales, porque el profundo respeto de la ley es el solo cimiento seguro y estable de la estructura social y jurídica, la única garantía, cierta del ciudadano.

Difícil y costosa es también la instrucción y la educación de la raza indígena. Hay que luchar contra los abusos de los malos maestros y funcionarios, contra la escasez de los fondos y contra la aversión de la mayoría de los propios beneficiados. Tampoco los métodos empleados y la tendencia impresa corresponden a las circunstancias de los indios y a la verdadera orientación. Los cursos rígidos y prolongados, muchas veces embargando la casi totalidad del día, son incompatibles con las ocupaciones de la raza. Las clases debieran ser, por cortos períodos alternantes con las épocas de intensa labor agrícola y durante pocas horas del día. La tendencia abstracta y omnilateral no consulta su interés, debiera ser desde el primer momento práctica y de carácter agrícola.

Es decir, los establecimientos deben ser de instrucción elemental y de agricultura. El indio y el Perú entero, han de deber gran parte de su regeneración y prosperidad al ejercicio de la agricultura científica. En la nación no le faltan tierras propias al indio. Los ayllus son propietarios de enormes extensiones que las cultivan sin abonos y muy primitivamente, obteniendo cosechas misérrimas en relación a la fertilidad del terreno y al descanso que se prolonga de seis a doce años por cada paraje. Urge entonces la enseñanza práctica de la agricultura científica y el cultivo forzoso bajo sus procedimientos. La producción abundante y buena, revolucionaría honda y radicalmente la vida social indígena.

Los Poderes Públicos debieran utilizar la organización comunal de los ayllus para hacer que adquieran máquinas o implementos de cultivo moderno y abonos artificiales. La fa-

ilidad con que se presta un ayllu a la asociación de esfuerzos y recursos colectivos, así como la grande extensión de la totalidad de sus terrenos, son condiciones propicias para la adquisición y empleo en común de dichos elementos de progreso.

También debiera solucionar la manera de dar mercado a las producciones celebrando convenios con las muchas naciones que las necesitan. Construir buenos caminos, tomar en arrendamiento los ferrocarriles para poder bajar las tarifas hasta tasas al alcance de los pequeños productores como son los indios y fomenten el transporte, medida esta de fácil realización, porque abonándoles el gobierno a los propietarios de los ferrocarriles sus actuales ganancias, no sería injusto que de grado o por causa de utilidad pública expropiase la conducción, y en cuanto al sostenimiento económico del transporte, si al principio el Gobierno tuviera que cubrir con dineros fiscales provenientes de otros ramos el déficit que arrojasen al cabo de algunos años, con el desarrollo agrícola y el aumento de los productos y del tráfico, resultarían compensados los gastos y la disminución causados por la rebaja de los fletes; pero entonces se habría promovido el adelanto industrial y las tarifas y las contribuciones que se cobrasen gravarían sobre el crecimiento económico de la nación y sobre los sobrantes de las energías productivas de los individuos, no sobre su íntima vitalidad, ni causando su aniquilamiento.

Tampoco si el Poder Público, teniendo como tiene el control y la dirección del comercio, del transporte y de los medios de comunicación, pone en planta medidas que abran amplios mercados de consumo a los productores nacionales y faciliten y abaraten el tráfico, es posible el desarrollo agrícola del país, ni conduciría a nada el aumento de la producción, desde que los productores no obtienen el lucro objetivo de su trabajo, y más bien, ven con pena y desaliento el desperdicio de lo que les cuesta capital y fatigas, y lo que

es peor, sin serles dable poner remedio, desde que alguien—el Poder Público—colocado en el puesto instituido para ese fin, ni obra ni deja obrar a nadie.

Se debe legislar organizando y reglando Comités indígenas de arbitraje vecinal. Así infinidad de controversias y cuestiones que requieren soluciones prontas y conscientes de los usos y circunstancias endógenas, las hallarían bajo la eficacia coercitiva de la sanción oficial, en pró del orden y armonía de las relaciones civiles de los asociados indígenas.

Otros factores como el cruzamiento étnico, que es radical y seguro, la trasplatación en masa a la órbita de potentes focos de cultura, los an-

tiguos *mitimaes*, el envío y sostenimiento en el extranjero de misiones o comités juveniles de estudio e instrucción, operarían poderosamente; mas por ahora son remotos y dependen de la prévia solución de varios problemas generales. Sin embargo, se palpa que los factores que han de concurrir a la rehabilitación de la degenerada raza indígena, son múltiples, complejos, y guardan entre sí relaciones de dependencia y aún de oposición, de suerte que es asaz ardua y defícil la tarea de realizarla, como las modalidades y grados en que pueden combinarse aquellos, serán multiformes y numerosos.

Víctor J. GUEVARA.

Cuzco, 1926.

SIEMBRA

Echen la semilla.
Sueñen que mañana,
Será la lejana
Dorada gavilla.

Echen bondadosa
Piedad en la herida
Que está dolorida
La herida amorosa.

Y echen a manojos
En los surcos rojos
Toda la ilusión.

Y echa tu mirada
en el surco, amada,
de mi corazón.

JUAN MANUEL DELGADO.

HIMNO AL ANDE



Luis de Rodrigo, es un joven e inspirado poeta de la serranía. En el concurso promovido por el Ateneo de la Juventud de Arequipa, obtuvo con su "**Himno al Ande**" el primer y único premio. "Himno al Ande" es un poema admonitivo, pleno de emocionada devoción por el "ANDE", el Señor de las Cumbres. Es una bella interpretación poemática en que fluye un hondo y vigoroso pantésmo, constatóndose además, de la fuerte influencia telúrica, la presencia de un noble espíritu poético.

J. GUILLERMO GUEYARA.

ORACION

¡Ande! ¡Padre Ande! Cósmica fuerza genitora,
 erguida voluntad planetaria, brazo firme,
 torso reverberante, armónico himno telúrico,
 alta voz de los siglos, índice del Futuro.
 ¡Padre creador, Padre germinal, Padre nuestro!

.....
 Así vuela la férvida oración del Poeta,
 desde el hondo regazo de la tierra, así vuela,
 tremolando por cielos quemados en crepúsculos
 y sobre el ondulante añil de la crestería,
 porque de tí vinimos en tumulto, Padre Ande,
 y hacia tí van las grímpolas de nuestros anhelos.

¡Oh Padre Ande, ob Padre Ande!
 desde cuando surgistes de un tremar geológico
 has sido milagroso plasma vital de embriones;
 por tí ardieron las células de rampantes faunas
 y un aluvión de rica savia fluyó cantando
 en los campos hinchados de germen opulento,
 hasta más allá..... más allá..... de tus brazos pródidos!

Ciertas noches te vieron absortas las estrellas
 vertebrar hasta México, el Continente mozo,
 pero tu amor frenético se abrazó a los senos
 de esta América Austral, cofre de semillas ávidas,
 mientras largo escozor glorioso hendía tu médula.....

¡Los clarines del Sol, los clarines de la aurora!
 ¿Vés cómo fiorecieron pueblos en tus regazos
 y van hormigueantes multitudes?..... ¿A dónde?.....
 contesta tú que has visto la gestación de imperios,
 que aupaste prodigiosos fundadores epónimos,
 ábrenos las ventanas de los mudos arcanos,
 ya que eres confidente del Sol y obra del Tiempo,
 deshoja tus secretos como una rosa al viento
 y a tus piedras despierta la voz reveladora
 sobre el espeular Tiawanaku, entraña aimara
 y nuestro aurisolado Tawantinsuyo fúlgido.

Puras cimas de Dios, cornucopias de leyendas,
 ¡cómo abristeis caminos escarlatas al paso
 triunfador de los Hijos del Sol, de la Isla de Oro
 y el mirífico Lago—También mis Hijos—clamas—
 —¿Tus hijos son?—Los cóndores gritan: ¡Manko-Kapak!
 y desde el Cenit un brazo con brazos auríferos
 te plasma en las entrañas el sello de la Historia,
 ¡Manko-Kapak! ¿De dónde viene, a dónde va, a dónde?
 —Es un creativo soplo total, dice, la Nube.
 —¡No! ¡No!—replica el Viento—es la polución de Dios!
 —¿Pero cuál el Amor que la Vida inmortaliza?
 —inquiere la garganta de un aquilón pampero—
 y la Noche inminente en do de sombra propala:
 ¡sobre un rayo de Luna descenderá Mama—Oklló!

Ara sacerdotal de los ricos germinales
 que entregaste hombros, flancos, rutas, pampas y valles
 para que los torrentes de prolíficas sangres,
 hirviendo sus potencias en cráteres genésicos,
 cuajasen resonantes imperios, pueblos óptimos
 como el ritmo vital de las orgánicas células
 y la ágil geometría de turgentes panales.

Cuántas fiebres videntes, ¡oh Padre Ande, oh Padre Ande!
 al paso de los Inkas en palanquines de oro,
 ¡cuántos delirios de hondas y murallas y guerras:
 todo el bronce de carne kechua, toda la pompa
 de dioses luminosos y banderas arco-iris..... !

Huía el Tiempo en manos de los días flecheros,
 cuando de pronto diste, Padre, un grito terrible:
 ¡son los Conquistadores, son los Conquistadores!
 El Sol crispó su blonda melena de león.....
 ¡Era tarde! era tarde! Sangre por los confines,

sangre en los surcos, sangre en los templos, hierro y fuego,
 arcabuces mortíferos, corceles piafantes:
 Atawálpa, Pizarro....., Almagro, visión fantástica,
 vértigo de hombres blancos, cruces, tizonas, naves.....
y el Imperio hecho trizas y las ñustas llorando.....!

Mas tarde mancha un cuervo el círculo de la Luna;
 ¿cómo quebrar las fieras voliciones del Hado?

Amargos panoramas mordió también el aire.
 ¡Coloniaje! Feroz látigo, caza frenética,
 mística pesadilla, báquico solo de oros
 para reyes sonámbulos, capitanes, nautas
 patibularios y héroes de aventuras famélicas.....
 Fué una noche convulsa surcada de relámpagos
 en que a la Eternidad tus apóstrofes volaron,
 porque de las entrañas te eclosionaba, Padre,
 un hálito de sangre y de agonías inkaikas:
 era la oscura carne india en garras de las minas
 y las profundidades, vampiras de sus venas.
 ¡Guay de las rocas que vieron la noria dantesca,
 recordando el clamor profético de Huaina-Kapak!

Hacia el azur Pacífico miraron las cúspides:
 galeones repletos de metales preciosos;
 virreyes engolados, hieráticos obispos,
 fragantes damiselas, trágicos jesuítas,
 tahures fanfarrones, quijotes pendencieros:
 toda una trasplantada Raza con sus hervores.....

¡Ya llegó la hora, Padre, hora de cruzadas épicas!
 Tus cachorros están ciegos de iras libertarias
 y los vientos resoplan sus dianas victoriosas.....
 ¡Paso a Tupak-Amaru, paso al ínclito vástago!
 ¡vítores Punakawa a tus hondas silbadoras.
 Los manes de los Inkas alumbran vuestros ojos
 y sois los precursores de forjas redentoras!

Dad indoamericanos al gozo vuestros pechos,
 aquí vienen los Hombres de la empresa sagrada;
 el Sol les ha prestado sus flamígeras espadas;
 pero vienen también con las manos desbordantes
 de templados cinceles y propicias semillas,
 trayendo en los cerebros raciales avatares.
 Por las venas eternas del Tiempo y de la Tierra
 transfundieron sus glóbulos los ríos de sangres,

para que San Martín y Bolívar fueran cíclopes
de un prócer florecer de espíritus y de razas!

Sobre tus hombres, Padre Ande, alzaste las falanjes
que fueron a vencer los vestiglos opresores,
a gran vuelo llegó del Sur San Martín, el probo
escultor de naciones y con sus pumas ágiles
pasó sobre los viejos leones dominantes,
¡Oh Varón Serenísimo, alma fina, alma fuerte,
de cuya Gloria, Padre Ande, eres plinto gigantel
Más tarde ungió tu beso los piés del Inka Nuevo,
Y al desgarrar las sombras con su espada divina,
un resplandor de Dios fué la frente de Bolívar!

—¡Redoblad, redoblad, tambores de recocijo!
¡redoblad truenos sobre el parche del firmamento!
—¡Vosotros sois florones del nuevo hogar propicio,
¡oh mozos aguerridos templados por mis fuerzas!
En unánime vuelo aletean los pendones:
id a conquistar todas las vanguardias humanas
y atesorad el fuego de las zarzas divinas.
—¡En marcha, en marcha! bienamados hijos, ¡en marcha!
sois vasos de energía para el amor de América;
por mis venas circula la sangre de su anhelo
y tras cada horizonte el Porvenir le agiganto!

Así dijo el Padre Ande con voz de augur sagrado
y en las arterias hubo un fermento de promesas.....

Desde el Manko el ungido, a San Martín y Bolívar,
y desde Moctezuma a Cortés, tienden las razas
monumentales arcos de Gloria y Esperanza;
¡oh Padre, por tus espaldas cruza la Historia,
ciñendo mitológicas leyendas doradas.....!

Patriarca milenario de linfas bullidoras
que oyen la musical confidencia de cien lagos
y en los ríos salmodian mensajes ululantes
al sonoro Pacífico y el colérico Atlántico,
tuyas son las vibrantes curvas de cataratas
epilépticas, tuyos los ventisqueros nítidos.

¡Oh Padre Ande, oh Padre Ande!
Imantador de nubes, máximo colorista,
pupila cinegética de alíferos vientos,
ánfora de cantoras lluvias, labrador blanco;

las tempestades te signan fulgores eléctricos
y eres vijía eterno de nuestras alboradas.

¡Dónde nos llevas, Padre, con fuerzas visionarias?
sus gérmenes te ofrendan veinte huertos de repúblicas
y mil ciudades saben los signos de las cumbres.
Los Hombres Nuevos, somos tallados en tu barro,
fuertes, libres y puros, hombres de Nueva Raza,
en marcha a la conquista de nuestro vellocino
sobre enormes montañas cabalgando, orgullosos.....
Nos lactaron los senos de la Naturaleza,
por eso comprendemos las canciones del agua
y perfuman los campos nuestra carne morena.
De sudores fructíferos nutrimos los surcos,
y al retintín de esquilas tejemos pastorelas;
vamos talando bosques con hachas renegridas
y el esfuerzo nos rinde copelas metalúrgicas.

¡Oh Padre Ande, oh Padre Ande!
Tu calientas los hornos de nuestras energías.
Con una llameante fuerza de alegría vívida
en nosotros modelas ideas—atalayas
para el Nuevo Evangelio de la América Nueva.
—Sed fuertes como Yo y sencillos como labriegos,
tened la Voluntad en arco tenso y el Alma
iluminada siempre de generosos ímpetus;
dad firmeza de rocas y limpidez de alturas
a vuestras obras, credos, salterios y doctrinas,
¿No veis como el Destino os abre rutas propicias?

¡Tal fué la voz del Padre y la antorcha de los Hijos.....!

¡Oh Padre tallador de nuestras almas, oh Padre,
comulgamos las hostias de silencios rituales,
cabe las sangrientas flamas del Sol, y bajo tu égida
orientadora, parten los instintos dinámicos!

¡Son liras los arados, tambores las ciudades!
¡en marcha americanos, en apretada marcha!
Cruzemos por las rutas intrépidas del Ande
blandiendo un haz de fuerzas religiosas, ungidos
en los picachos donde gravita nuestro Olimpo
y el Parnaso de todos los ensueños indígenas.
¡En marcha americanos! en apretada marcha!
con la ley de las cumbres que rasgan el espacio,

de cara al Sol, cantando los himnos tutelares
en pos de prometidos renuevos del espíritu!

¡Oh Padre Ande, oh Padre Ande!

América rebulle en nuestras sangres espléndidas,
líricas arpas ciñe a nuestros hombros América
y esta Oración ferviente sobre las almas trémulas:

¡Santuario del Pasado, arúspice del Futuro!
¡vigor de nuestras castas maduraciones de Hoy!

¡Acrópolis gigante, voluntad panteísta!

¡Padre Ande, oh Padre Ande!

¡Por las siglos de los siglos Grande Padre Nuestro!

LUIS DE RODRIGO.

C R E D O

Yo creo en el misterio de las encarnaciones,
de tu luz en mi sombra, de tu carne en los lirios,
de tus blancos ensueños en blancas floraciones,
de tus manos votivas, en los pálidos cirios.

Creo en tí rosa mística que surgiste en la nieve
blanca de mis rosales, al connubio imprevisto
de unos rayos de luna, hechos caricia leve,
sobre el azul dormido de los ojos de Cristo.

Creo en tí y en el reino de tus cielos benditos,
donde en vez del incienso de los sagrados ritos,
se consumen estrellas para tu adoración.

Y creo que al ensalmo de tus manos votivas,
encarnarán de nuevo mis cenizas cautivas,
en el tercero día de mi crucifixión.

ALBERTO DELGADO D.

INDIO ANDINO



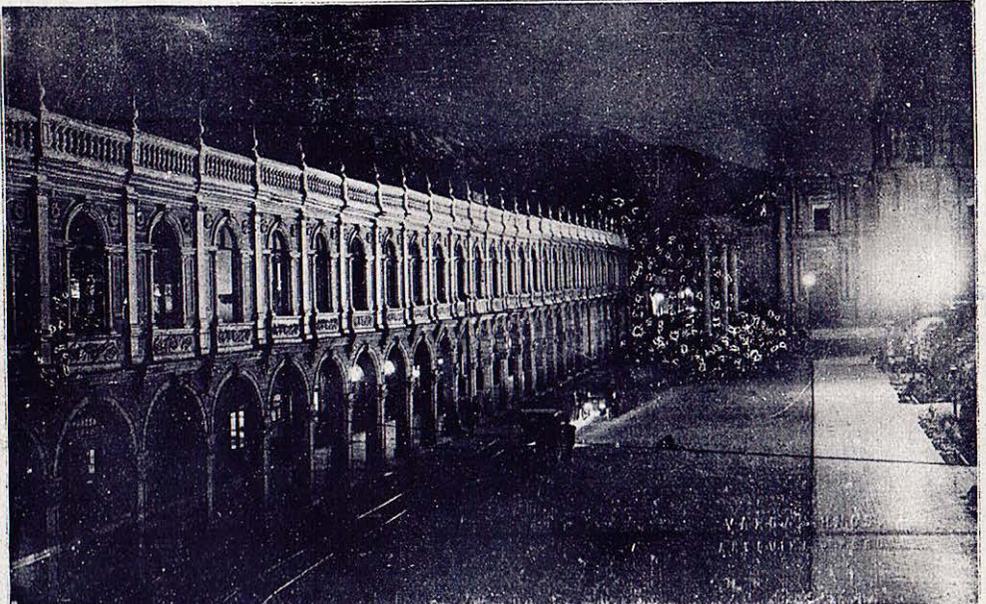
AMAX
LEÓN

De A. Max León

AREQUIPA



Bellísima noche de luna, Santa Marta y al fondo el Misti



El Portal de San Agustín en una noche lunar

(Foto. Vargas Hnos.)

CUZCO



Evocando el pasado incásico



Hermosa fuente de la Plaza de Armas



Iglesia de la Compañía (Foto. Chambi)



Santo Domingo, maravilla arquitectónica



PUNO



Un hermoso aspecto del Titicaca



Escuela indígena en Capachica, haciendo gimnasia

INDIATIDE

La fachada de San Agustín de Arequipa

I

Realmente, es una revelación: Arequipa posee joyas arquitectónicas, de la época colonial, que bien pueden ser tomadas, dentro de la orientación de nuestros estudios, como arquetipos del arte que llamamos "neoindígena".

Ejemplares admirables, aquéllos, de una euritmia donde el espíritu nacional fluye como fuente copiosa; reveladores de esa modalidad distinta que tomó la inspiración vernacular al contacto con las nuevas formas culturales importadas por los conquistadores y que, al mismo tiempo, demuestran ese proceso desconcertante del amestizamiento que sufrieron las artes europeas trasplantadas al solar americano al inyectarse de la savia original del alma andina.

Esa importancia que en la actualidad cobran los monumentos arequipeños trae consigo una inquietante cuestión que es necesario resolverla inmediatamente. ¿Por qué en el Cuzco, sede y matriz de lo incaico, no existen obras de arte de ese acentuado carácter histórico como las que ostenta la ciudad colonial del Misti?

Sin embargo, ante un análisis más atento, no nos sorprende la interrogación.

Ya hemos expuesto que la espontaneidad de los artistas cuzqueños (indios) fué constreñida por la imposición de los maestros peninsulares, los que, especialmente en arquitectura, más que en ninguna otra de las artes bellas, hicieron del Cuzco una ciudad artístico-industrial de primer rango. Los artistas indios estuvieron sometidos a la dirección técnica de aqué-

llos, y cuando no, obligados a desenvolver los planos y dibujos impuestos por las congregaciones religiosas hostiles al espíritu nacional. Más el nativo, de rica individualidad sensitiva, tuvo que buscarse atmósferas de mayor libertad para sus inspiraciones, retirándose a los extramuros (las parroquias, residencia de los antiguos ayllus incaicos), a las provincias y hacia otras poblaciones de la sierra; donde la falta de maestros hispánicos daba lugar a que constantemente esos humildes arquitectos indios fuesen llamados por emolumentos más ventajosos.

Por eso, mientras se levantaban los grandes edificios, como la Catedral, la Compañía, la Merced y otros; a los contornos de las dos magnas plazas del Cuzco, en los que el influjo regional es tímido; en los pueblos de nuestras serranías, en las parroquias o más allá de las fronteras comarcanas, como en Arequipa, Potosí y otros pueblos del Collao,—Juli, Azángaro, Asillo, etc.,—florecía un arte de sabor esencialmente incaico, creado por artistas indios, lejos de la docencia de los cánones estéticos de Occidente.

Hay, pues, en el Cuzco de los extramuros y en toda la sierra cuzqueña, un arte neoindígena, pero de un carácter distinto al que se manifestó en Arequipa.

Ya hemos señalado cuáles son esos monumentos cuzqueños de ejemplar originalidad, de expresión muy distinta, es cierto, a los arequipeños, pues en éstos la profusión ornamental es incomparable con la sobria desnudez de aquéllos, ni más ni menos como la severidad de la arquitectura incaica contrasta con la profusión decorati-

va del arte costeño o del tiahuanacu.

Mientras aquí la arquitectura mantenía la tradición del espacio continuo de los muros ciclópeos, allá el relieve ornamental daba nota risueña y original al bastión hispánico. Además, el arte de allá es de tendencia imitativa de los monumentos del Cuzco central (el de las plazas magnas). Mas la voluntad del indio, al principio imitativa—aunque parezca paradójico—prorrumpie en una expresión de originalidad pintoresca, porque entonces el artista indio al imitar por su cuenta un modelo que tiene en la mente y sin la dirección de ningún maestro, se halla libre para verter en la obra los impulsos espontáneos de su inspiración.

II

Dejando las generalidades, vayamos al motivo principal de este artículo.

En ese descubrimiento de la importancia de Arequipa colonial, de impulso neoindígena, le toca la primera clarinada al autor del notable libro «Fusión Hispano-indígena en la arquitectura colonial», el arquitecto argentino Angel Guido, que ha analizado las fachadas de «La Compañía» y de dos solares de aquella ciudad.

Mas, como ya manifestamos en un artículo bibliográfico sobre aquella obra, el señor Guido no menciona la fachada de San Agustín, la que, para nosotros, tiene elementos indígenas más acentuados que los que ostentan los estudiados por aquel autor.

Un analista tan autorizado como aquél, estamos seguros, tendrá que analizar próximamente dicho monumento con la versación técnica que posee. Aquí queremos sólo, por vía de ensayo, señalar ciertos aspectos de ese gesto de la inspiración neoindígena que creemos ver en el rostro del monumento agustiniano.

Su estructura fundamental es de dos cuerpos y de tres zonas verticales. Enmarca la fachada un seudoremate muy singular, que disimula esa falta de armonía que se nota en las dimensiones de los dos cuerpos; es

una cornisa que al desarrollarse, imita el signo escalonado del arte tiahuanacuense e inscribe en ella toda la fachada.

La poca proporción entre los dos cuerpos y esa falta de remate que mutila la armonía del conjunto, ya son datos reveladores de la modalidad psíquica de quién trazó el esquema. Los cánones estéticos, unidad, variedad, armonía han sido tomados por el artífice con la más amplia liberalidad; mejor, dicho, sin ninguna sujeción razonadora. Graves reparos tendría que formular sobre esos elementos estructurales un criterio europeo. A las claras va revelándose que su autor es un espíritu indígena.

Además, la poca profundidad de la fachada, en relación al plano mural continente, su forma «cerrada»—usando del tecnicismo de Wolfflin—limitada por las cornisas superiores y por los filetes de los flancos, le dan una expresión estática, de aquella tendencia a la planimetría que apunta Guido como característica de las construcciones precoloniales.

Vamos con la ornamentación. Su lenguaje es de expresión vernacular; de euritmia conexas con un estado de alma de exaltación incaica. Una sentimentalidad india rezuman aquellos cornos, a la vez que encubren cierta rigidez, paralela a la energía volitiva de los músculos del hombre de los Andes. La falta de racionalidad de los elementos tectónicos, se compensa con el acento emotivo.

¿Cuáles son allí las decoraciones hispánicas? Muy pocas, casi nada. Porque aún los ejemplares netamente europeos están manifiestos en líneas rudas que descubren la técnica incaica. Águilas bicéfalas, coronadas, como las que ostentan los escudos de los reyes de España; ángeles que decoran las archivoltas, imágenes de santidades, como la de San Agustín, en la hornacina del vano aconchado superior, y como las que historian los fustes de las columnas del segundo cuerpo—ovarios, espiras y algunas otras sin mayor importancia.

En cambio la decoración con motivos indígenas es dominadora, aplas-

tante. Pescados (*challwa*), búcaros, hojas que ornamentan los frisos, las cornisas, las jambas; todo descubre una vitalidad regional. Un estudio de botánica arqueológica determinaría si la flora de aquella fachada está formada con hojas del maíz, con pétalos del *panti* y del *ccantu*, como de primera intención, creemos ver en esas decoraciones. De todos modos, esa flora no puede ser europea.

Las líneas de los relieves son enérgicas, de una rudeza que tira mas a lo estático—clásico—que a la movilidad barroca. Tengo para mí que el autor de esta obra quiso hacer una fachada de estilo dominante en la época (barroco) y le salió otra cosa.

¿De qué estilo es? Que venga Vitruvio o cualquiera de los eruditos europeos y se verá ante un enigma ininteligible para él. Es posible que con un gesto de desdén le vuelva las espaldas.

Lo expuesto hasta aquí ya es suficiente para tomar aquel monumento como un dechado de originalidad, como un ejemplar de esa evolución artística a que llegó el espíritu indio en la colonia, y no más que en el espacio de ciento cincuenta años.

Todavía más. Esa originalidad que exalta nuestro entusiasmo no concluye aquí.

Hay otro elemento notabilísimo que hace de aquel monumento una joya de rareza singular para la historia del arte americano: los capiteles de las dos columnas del segundo cuerpo. ¿Sos egipcios, indostánicos, persas, chinos, griegos, grecorromanos, renacimiento, platerescos, barrocos, o árabes? Humildemente, capiteles americanos, no indígenas o *eurindianos*, como diría el notable escritor

argentino Ricardo Rojas. Capiteles creados por la fantasía de algún indio anónimo, en cambio de unos cortos pesos de a seis reales que debieron darle los frayles de San Agustín y de alguna ración de vino aguado que le brindaron en el refectorio. Ahí está el capitel de estilo «colonial», como una flor de piedra andina.

Desgraciadamente, por el momento, no se puede hacer un análisis más detenido sobre los elementos que componen esa pieza decorativa, de factura originalísima. Sobre unas hojas que no son ya el acanto auténtico, usado en la arquitectura barroca del siglo XVII, se asienta una especie de guirnalda, cuya estructura botánica tampoco podemos precisar: Pero la expresión del conjunto es la de una flor exótica, de no se sabe qué latitudes andinas. Mientras en España Churriguera dislocaba la decoración barroca, en América, unos indios audaces—en la misma época—creaban una ornamentación singular, retrayendo al barroquismo hacia una expresión rígida, lineal.

Cuando en América, y en América de espíritu vernáculo, se acrecienta más el ansia de constituir una cultura verdaderamente nacional, y cuando espíritus creadores de belleza se inspiren en las castalias andinas, vuelvan los ojos al pasado para exclamar con ese fervor de Fray Luis de León a su regreso a Salamanca «como decíamos ayer», entonces estos ejemplares del arte colonial, en los que el indio impuso su energía volitiva, cobrarán nuevo vigor, a través de ellos resurgirá la continuidad histórica de nuestra cultura con elementos propios, personales.

J. Uriel GARCIA.



Nocturno Pictórico

Está celeste el cielo. Fumo
con avidez mi amarga pipa,
lanzando en redadas el humo
sobre el insomnio de Arequipa.

Hace una luna esplendorosa
que no hay una alma que aproveche.
La Luna es blanca y azulosa,
como la nata de la leche.

Se cuaja en lentas pulsaciones
el son del río por los cerros.
De los profundos caserones
sale un monólogo de perros.

Araña, a veces, insouoro,
el perezoso viento incauto,
con su gigante sable de oro
trasnochador virage de auto.

De la eminencia en que contemplo
se ve, surgiendo en los vacíos,
la cruz de un templo y otro templo,
como una fuga de navíos.

Tan cerca tengo las estrellas,
que al parecer no se me escapa
la más empetalada de ellas
para prenderla en mi solapa.

Y cuando miro a vuelo de ave
la lejanía de los campos
me llueve en los ojos un suave
relampagueo de lampos.

Y en los senderos infinitos,
sobre las ménsulas camplejas,
guiñan sus luces los distritos
como sonámbulas abejas.

Más en el fondo los volcanes,
bajo el temblor de las cabrillas,
ya no son momias de titanes,
que son amautas en cuclillas.

Y penetrando a pasos lentos
en tan sutil naturaleza,
oigo cantar mis pensamientos:
el corazón en la cabeza.

César A. RODRIGUEZ.





Expediciones de la Comisión de la Universidad de Yale al Departamento del Cuzco

Para "La SIERRA"

Aunque las diversas exploraciones realizadas en la Hoya del Urubamba por la expedición Peruana de la Universidad de Yale, bajo la habil dirección del profesor Dr. Hiram Bingham, tuvo por principal propósito acumular datos sobre la Arqueología y Geología de la región, en la de los años 1911 y 1915 amplió su programa con la colección de especímenes de vegetales y animales.

En la Expedición que arribó al Cuzco en los primeros días del mes julio de 1911, vino, con carácter de naturalista colector, el profesor Harry Ward Foote de la Scheffield Scientific School de la Universidad de Yale. En el corto tiempo de dos meses que empleó en la exploración de las provincias del Cuzco, Urubamba y la Convención, coleccionó al rededor tres mil ejemplares de animales y plantas, concretándose entre las últimas al interesante grupo de las Muscíneas.

El material acumulado por el profesor Foote constaba de treinta y cinco paquetes de Hepáticas q' contenían en condiciones de ser identificadas un total de treinta y un especies, correspondientes a catorce géneros, y cuarenta y ocho paquetes de Musgos, comprendiendo treinta y siete especies, con inclusión de una colectada en Arequipa y otra en la estación de Santa Romana del departamento de Puno; procedentes de las siguientes localidades: Cuzco, Urubamba, Ollantaitambo, San Miguel, Huadquiña, Lucma y Santa Ana.

El 3 de Marzo de 1915 se embarcó en Nueva York con dirección al Perú la expedición de este año, organizada con la cooperación de la Sociedad

Geografica Nacional de la que formó parte, con el carácter de Ingeniero en Jefe de la sección Arqueológica, el profesor Elwood C. Erdis. A iniciativa del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos se agregaron a ella los profesores O. F. Cook y G. Bruce Gilbert de la Sección de Plantas Industriales del mismo, en condición de *Botanista* y *Ayudante botanista* respectivamente, quienes estuvieron comisionados de estudiar, principalmente, los recursos agrícolas del Departamento.

Esta comisión llenó su cometido durante los meses de abril, mayo y junio del indicado año, visitando la extensa vega bañada por el río Urubamba, de las provincias de Canchis, Calca, Urubamba y la Convención, en la zona comprendida entre 1800 a 4100 m. sobre el nivel del mar. Los señores Cook y Gilbert singularizaron también su atención al grupo de las Muscíneas; pues en el herbario que colectaron figuran, aparte de algunas fanerógamas relacionadas con la naturaleza de sus estudios, cuarenta y tres paquetes de la clase de los musgos, conteniendo un total de cuarenta y siete especies, con inclusión de tres colectadas en la estación de Araranca del Departamento de Puno, procedente de las siguientes localidades: Sicuani, Tinta, Calca, Ollantaitambo, Torontoy, Machupicchu, San Miguel y Lucumayo.

Finalmente en esta misma Expedición el Dr. Hiram Bingham, Jefe de ella, coleccionó, incidentalmente, tres ejemplares de Musgos, en la región denominada Torontoy de la provincia de Urubamba y valle de Arma de

la Convención y el profesor Elwood C. Erdis algunos especímenes de Cactáceas y entre ellos el *Cereus squarrosus* de Vaupel, nueva para el Departamento, con que los señores N. L. Britton y J. N. Rose han creado en su honor el género *Erdisia* denominándola *Erdisia squarrosa*.

El estudio de las Hepáticas de ambas colecciones fué encomendado al profesor Alexander W. Evans Ph. D., especialista en este grupo, y profesor de la Scheffield Scientific School de la Universidad de Yale. En su excelente monografía titulada HEPATICAE publicada en la revista *Transactions of the Connecticut Academy of Arts and Sciences* (Vol. 18, pp. 291-347; abril, 1914), da a conocer el resultado de sus estudios de la colección Foote y consigna interesantes informaciones suministradas por el mencionado naturalista sobre la climatología y geología de la región en referencia, observando que la flora hepática de los Andes, excepto a muy elevadas altitudes, es rica y variada. Comprende algunas de las más grandes y notables de las especies hojosas, muchísimas de las pequeñas y una buena proporción de los representativos tallosos.

En cuanto al resultado de las investigaciones de la colección Cook y Gilbert los ha dado a conocer, como contribución del *Osborn Botanical Laboratory* - New Haven, Connecticut - en la revista «*Torrey*»; del que tenemos a la vista su estudio titulado *A new Riccia from Perú* (*Torrey*, Vol. 19, N° 5, mayo, 1919), en que describe una especie nueva procedente del valle de Santa Ana. Las especies nuevas descubiertas en ambas coleccio-

nes se hallan depositadas en el herbario de la Universidad de Yale.

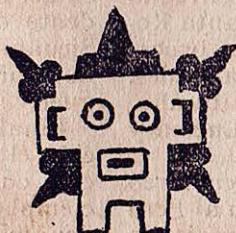
La clase de los musgos de las dos colecciones anteriormente mencionadas, acrecida con la pequeña obtenida por el profesor Bingham, pasaron al estudio del especialista en este grupo Dr. R. S. Williams, Director en Jefe del Jardín Botánico de Nueva York, por donaciones que le fueron hechas por los profesores A. W. Evans y Williams R. Maxon, respectivamente.

El Dr. R. S. Williams en su interesante monografía titulada *Peruvian Mosses* inserta en el «*Bulletin of the Torrey Botanical Club*» (Nueva York, Vol. 43, pp. 323-334, 30 de enero de 1916), hace constar que en las colecciones puntualizadas descubrió cinco especies nuevas para la ciencia, dos que anteriormente eran conocidas como indígenas solamente de Patagonia y las restantes identificadas por primera vez para el Departamento. Los ejemplares típicos de las especies nuevas se encuentran depositados en el Herbario del Jardín Botánico de Nueva York.

Concluiré estos apuntes manifestando que el Dr. O. F. Cook es autor de varias interesantes monografías sobre las riquezas agrícolas del Departamento y que tanto en éstas, como en un estudio del Dr. W. E. Safford sobre el género *Datura*, se registran siete especies de fanerógamas identificadas por primera vez para el Departamento, aparte de otras diez que tan solo se consignan sus nombres genéricos.

Cuzco, a 10 de Noviembre de 1926.

FORTUNATO L. HERRERA.



Las campañas religiosas de ayer y los tiempos nuevos

Para «La Sierra»

Los frailes conquistadores del Perú, eligieron como centro de sus campañas religiosas, aquellos puntos que habían sido núcleos de la religiosidad, en los estadios anteriores a la conquista. El Cuzco y las riberas del Titicaca, se vieron en otras épocas rodeados de la devoción de las masas indígenas. Famosos templos se habían levantado en la capital del Inkario, y en las islas sagradas del Titicaca. Hacia al Cuzco, y hacia las islas lacustres estaba el pensamiento de las masas humanas pobladoras del Perú de ayer y, los ídolos poblaban todas sus regiones.

Los frailes conquistadores acogieron como cuartel general para sus campañas, precisamente esos puntos. De ahí tiene su origen el grado de religiosidad soberbio y el fanatismo, a que llegaron las sociedades que vivieron en la época colonial.

El Cuzco y Copacabana, han sido dos grandes emporios de religión y fanatismo en el sur del Perú. La ciudad imperial, porque en ella estaban los templos y los conventos de las vírgenes del Sol. Era la Meca de los indios que desde sus lejanos ayllus volvían los ojos manzoshacia al Cuzco, corazón del Imperio y cabeza de todos los «suyos».

Al Cuzco y Copacabana llevaron los frailes las imágenes milagrosas y en esos lugares se realizan precisamente, los grandes portentos que dejaban atónitos a los espíritus de esa época.

La época en que se consumó la Conquista, era de religiosidad y de misticismo. Las características de la raza

manifestadas en sus santos y en sus soldados, desbordaron en América, pero adquirieron un sello especial en los diversos parajes donde se asentó su influencia. Así en el Cuzco, se manifestó con una grandiosidad y un sensualismo tan pomposo, como no tiene igual. El Cuzco colonial fué tan pomposo como el incaico.

Los frailes españoles para desterrar a los ídolos acudieron al foco de la religiosidad indígena. En el Cuzco, levantaron la Catedral sobre el palacio de Viracocha, y Santo Domingo, sobre los muros del Templo del Sol. La Cruz debía desterrar a los ídolos y, con el fin de conseguirlo, los frailes pusieron en juego todo el aparato de que disponían.

En la meseta del Titicaca, escogieron Copacabana, frente a la isla del Sol, donde estaba tal vez el famoso templo del Sol y de la Luna, y donde debía encontrarse al *Tahuaco-uyo* o convento de las vírgenes sin mancha destinadas al dios. Copacabana era entonces la capital religiosa del Collao. Frente a las islas de la antigua religiosidad y en la ruta a Cocharcas, no había podido ser mejor escogido el lugar por los frailes.

En el Cuzco y en Copacabana, se realizan los famosos milagros. Inteligentemente, los frailes eligieron esos lugares. Frente a la isla del Sol, aparece un indio humilde Francisco Titu Yupanqui que se dedica con tanto empeño como ineficacia a esculpir una imagen. Pero la diosa blanca, de raza distinta a la del buen indio, resultaba un fracaso en el barro grotesco que era despreciado por todos. Pero aquí viene el milagro. Quizo la

Virgen demostrar a toda la gentilidad su poder y su misericordia y se hizo tangible en ese barro, en todo el esplendor de su belleza, y sus manos aparecieron divinas, en la tosca estatua que las vanidosas manos del indio esculpieron.

La vírgen de Copacabana sanó enfermos, desterró a los demonios, hizo enmudecer a los ídolos y se convirtió en la dueña y señora de la comarca.

Su fama creció tanto que Calderón de la Barca escribió un paso de comedia: «La Aurora en Copacabana». Estampas, medallas, medias y reliquias circulaban por el mundo. Los frailes dominicos no se dieron punto de reposo en la propaganda. El reclamo fué constante, tenaz. La Virgen de Copacabana logró hacer olvidar a los indios la adoración de sus toscos ídolos de piedra.

Buenos dominicos, que con tanta fé trabajaron por extender los dominios de su religión. Más tarde llegaron los jesuitas, intrigantes e hipócritas. Encontraron servida la mesa del banquete, y aprovechando del jesuitismo del Virrey de Toledo, despojaron a los dominicos de Copacabana. Estos, se trasladaron a Pomata, fundando otra devoción: la Virgen de Pomata, a la cual hicieron tan célebre y milagrosa como la anterior, la cual sin embargo triunfó, por derecho de antigüedad.

En los Anales del Cuzco, los milagros ocupan la mayor parte de sus páginas. San Juan de Saagun, la Virgen de la Soledad, la de la Almudena, la Virgen de los Remedios y el Señor de los Temblores, todos han hecho portentosos milagros. Cada imagen de éstas tiene una historia interesante y sus cronistas, han dejado memoria de los millares de milagros realizados.

No han aparecido estas imágenes en diversos sitios. No han anunciado sus maravillas en parajes extraños. Lo han hecho en el mismo sitio donde se levantaban los antiguos templos indígenas. Los púpitos católicos, se levantaron donde estaba la multitud nostálgica, donde esperaba la indiada bronceada, el regreso y

la piedad de sus dioses desterrados.

La influencia religiosa católica sobre las masas cuzqueñas, produjo un fanatismo sensual, pomposo, sin par. Los ojos de los indios, encontraron agradable el rito y la pompa católica. El humo del incienso, las campanas, las vestiduras, las soberbias capas pluviales, los roquetes, fascinaron a los indios. Pero como la religión solo llegaba a sus sentidos, a los pocos años de la colonia, el Cuzco presentaba una fisonomía original, propia y extraña en su aspecto religioso. En el Cuzco las manifestaciones religiosas alcanzaron una pomposidad y un lujo, no que tiene par en toda la América. El *Corpus Cristi*, según relatan las crónicas, era sencillamente fantástico. Se levantaban suntuosísimos altares en las calles y plazas, cargados de oro y plata. Arcos triunfales, balcones adornados, ventanas fantásticamente arregladas para el paso de la procesión. El Cuzco en una de esas fiestas religiosas, era fastuoso y multimillonario.

Pero aún más que ésto, maravilla el comportamiento del pueblo, cuyo misticismo sensual, intenso, es digno de estudio. Se recuerda en los anales, la famosa procesión del 31 de marzo de 1650 con ocasión del terremoto que asoló a aquella ciudad. «Salió el cabildo secular en cuerpo, sin valonas, descalzos, encenizados y humildes. Los caballeros, depuesta su lozanía a rostro descubierto, sin más alivio que sus carnes que azotaban con disciplinas de hierro. Las damas encenizaban sus rostros y abofeteaban su belleza. El cabildo eclesiástico salió gravemente mortificado, sin cuellos, descalzos, los ojos postrados en el suelo. Sigieron los religiosos de Santo Domingo, San Agustín, La Merced, Compañía de Jesus, San Juan de Dios, descalzos, cubiertos de cenizas, unos sin capilla, con sogas a la garganta, mordazas a la lengua; otros cargados de grillos y cadenas, los más haciendo extraordinarias y nunca vistas penitencias y modificaciones.

Tras de ellas, los dos colegios, sin bonete ni beca, cubiertos de ceniza y al último, los religiosos de San Francisco, agregados a su comunidad los de su recolección, tan asombrosamente penitentes, que causó horror al pueblo y a los ánimos, entrañable devoción. Salieron con túnicas todos, con cruces muy pesadas, con esterilla en los ojos, coronas de espinas en la cabeza, descalzos y desnudos hasta la cintura, descubriendo asperísimos cilicios de cerda y malla; otros azotándose rigurosamente. Otros raspados y vestidos, otros con palos en la boca.....

Pero haciendo rudo contraste con estas manifestaciones de crueldad, había tal derroche, tal exceso en las fiestas, que el espíritu sufre tedio ante la lectura de una descripción. Las fiestas religiosas duraban ocho y diez días. Toros, juego de cañas y luces, banquetes, y cuanto puede inventar la imaginación, se sucedía en esa ciudad. Las fiestas de la fundación de la Real Audiencia del Cuzco, el año de 1788, por Ignacio de Castro, dan un pálido reflejo de los hartazgos colectivos de esos días, todo en nombre de la religión y del Rey. Las masas indígenas, borrachas y abyectas, rugían en las afueras del Cuzco, mientras los mestizos derrochaban lujo y esplendor en esas fiestas, que con cualquier pretexto se hacían.

De Copacabana; el P. Calancha, en su «Crónica Moralizada», nos ha dejado interesantes descripciones de los festejos religiosos, en los cuales se envilecía a la raza, desvirtuando sus pintorescas costumbres, sus manifestaciones de sinceridad y de valor.

Pero en la meseta del Titicaca, las manifestaciones religiosas, a despecho del reclamo infatigable de los frailes, no alcanzan el lujo, el derroche y la pompa cuzqueña. Son más bien grotescas. Los indios adoraban a sus ídolos ocultos en las andas de las vírgenes, y una manifestación de rebelión, de indomeñable terquedad en sus sentimientos, caracteriza a los indios del Collao. El clima de la meseta no permite el desarrollo del fanatismo y

la pompa religiosa, con la faustosidad que en el Cuzco.

Obra de los frailes conquistadores fué esa suprema sojuzgación de las conciencias de ayer. De los frailes de la metrópoli. Pero surgió pronto una nueva generación de curas criollos, curas cuzqueños, curas puneños, nacidos en un paisaje diverso al que forjó el espíritu de los anteriores.

Los curas peruanos del sur se distinguen por una rebeldía innata, fruto de un localismo acentuado. Los curas cuzqueños ya no son católicos de la cepa de los metropolitanos. En unos aparece una personalidad rebelde, en otros sensual, mística. Son nuevos curas.

Los curas de las generaciones criollas extienden el fanatismo en esas regiones, tal como lo han aprendido, con la misma visión que los indios. Ya no existe en ellos el fervor misionero de los frailes españoles, la constancia de Fray Tomás de San Martín. Instalados en las parroquias de su propio terruño, son indios nacidos al catolicismo, a la pereza, al derroche, a la faustuosidad. Se sienten en su propia patria. Ya no toleran a los antecesores. Los curas indios se rebelaron contra los curas españoles muchos años antes de que se pensara en la rebelión política y en la independencia.

Bajo el arzobispado de Liñán y Cisneros, los frailes cuzqueños provocaron una rebelión, por no haberse elegido como prelado de su convento a un nativo del Cuzco. Traídos presos a Lima, se amotinaron en julio de 1680, prendiendo fuego en la celda del Padre Terán, español de nacionalidad, tocaron las campanas y provocaron la proclamación de la ley marcial en la ciudad.

Los curas y frailes criollos de entonces, no son ya de la cepa mística de verdad de los peninsulares conquistadores. Brota en ellos una nueva exaltación, la exaltación indígena. Y surgen figuras de relieve histórico. Juan de Espinosa y Medrano, el famoso

predicador llamado EL LUNAREJO, estando un día en la cátedra sagrada, ante el pueblo que se apretujaba para oír su palabra de oro, vió que impedían a empellones, a una india la entrada al templo. Y dijo, ante el silencio emocionado de la multitud, estas palabras, dignas de San Vicente de Paul: «Dejadla entrar, por favor, esa india es mi madre».....

El cura peruano plasmado en la colonia, entendió la religión con mucho de su sangre indígena. Rodeado de sobrinos, amante del esplendor, de la riqueza, del lujo. fué una figura de relieve en la colonia. La obra de los fundadores del catolicismo en el Perú, obra ruda, ciclópea, grande como la pujanza de los guerreros mismos, fué continuada por los curas lugareños por los senderos del instinto de la pereza, del color y de la sensualidad.

Surge así a veces alguna figura sentimental. Aquel cura del *Manchaypuito*, aquel que favoreció la formidable rebelión de Tupac Amaru, en la inolvidable comida donde murió el Corridor de Tinta.

Aquel cura Carrazón, canónigo de la catedral del Cuzco, estudioso, original y rebelde, antiespañol. Aquellos curas puneños que tenían su verdadero castillo feudal en las parroquias de la meseta.....

Aquel cura que predicaba desde el púlpito las ideas de la libertad.....

Estos curas indígenas, pintorescos, con sus sotanas enverdecidas al sol de los Andes, enamorados, gallardos y patriotas.....

Ellos continuaron, en los primeros cien años de la República, el espíritu colonial en el Perú. Aquel espíritu simpático y pintoresco, fruto de la colonia, no se transformó al sobrevenir la República. No se adaptó a las nuevas

formas, ya que la vida colonial vivió en todo el Perú hasta muchos lustros después de la independencia.

Y aquí estuvo el error. Aquí está el punto sensible de la evolución nacional. Rezago de la colonia es el ruido vacío, es la hueca sonoridad de las fiestas religiosas de hoy. Las mismas masas indígenas parecen sufrir el tedio de las faustuosas mojigangas de ayer.

Ese espíritu colonial tiende a desaparecer hoy. Los curas disminuyen. Una efervescencia múltiple, crepita en todos los poblados del Sur del Perú. Numerosas parroquias serranas están sin curas. Es indudable que las masas indígenas ya no tienen el fanatismo y la credulidad de ayer. El cura colonial va desapareciendo en el altiplano puneño, y en el Cuzco, catolicismo de fondo, no existe en las masas indígenas.

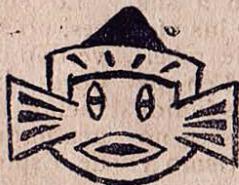
Pero vendrán los nuevos curas. Los curas de la vanguardia. Habrán sacerdotes de vanguardia, con un nuevo misticismo, con una nueva religión, como aquellos curas indígenas que aparecieron rebeldes durante la colonia. Sacerdotes laicos, del verdadero evangelio de la justicia, de la verdad del amor y del bien.

Desaparecidos los formulismos, muertas aquellas grandes manifestaciones de sensualismo, de un misticismo desgarrador, los curas de espíritu colonial enmudecerán para siempre. Enmudecen.

Y en los fecundos valles cuzqueños, así como en los verdes y húmedos ayllus de la meseta puneña, tendrán que surgir nuevos sacerdotes para un ideal mañanero, mejor.

Lima, diciembre de 1926.

EMILIO ROMERO.



ADMONICIONES

En los villorios serranos la instrucción es una mentira; la religión un carnaval; y la justicia una explotación.

FRANCISCO MOSTAJO.

Los blancos y los mestizos se aproximan a los indios, para quitarles a sus mujeres, explotarles, fanatizarles, alcoholizarles y lanzarles a las revoluciones. Como los más indefensos y más débiles, los indios proporcionan la carne de placer al sátiro y la carne de dolor al Tigre: son los armenios de una Turquía católica.

MANUEL GONZALEZ PRADA.

Si un pueblo se figura por un individuo: Arequipa es el soldado varónil que empuña el rifle, se cuelga el detente, sale al campo de batalla y regresa teñido de sangre a la vez que rodeado por un tufo de chicha y pólvora. Lima es la zamba vieja que chupa su cigarro, empina su copa de aguardiente, arrastra sus chancletas fangosas y ejerce el triple oficio de madre acomodadiza, zurcidora de voluntades y mandadera de convento.

MANUEL GONZALEZ PRADA.

Es inútil y una obra innecesaria hacer comprender a la juventud de Lima, que toda esa preocupación banal del vestido y de la belleza masculina es una degeneración del sexo viril.

TRISTAN MAROF.

Nadie tiene la culpa de sus males como el propio serrano. Somos cerca de tres millones y no hemos producido un caudillo libertario como el rifeño Abd-el-Krim.

LUIS VELAZCO ARAGÓN.

Del limeño «que habla en este momento, que sería en España? Casi un bárbaro, que pronuncia la **ll** como la **y**, y confunde la **b** con la **v**, y no distingue la **s** de la **z** ni de la **c**, en sus sonidos suaves».

MANUEL GONZALEZ PRADA.

Desde el siglo XVII observaban ya, el peruano Unanue y Humbolt que hasta el perro era más dulce y manso en Lima que en parte alguna.

RUFINO BLANCO FOMBONA.

Una Doctrina Americana

La Cátedra del Periodismo

Es de la historia del periodismo la reciente página de bronce escrita por un «indio» ilustre del Cusco. Es la novísima doctrina americana nacida como luz desprendida del pensamiento superior democratizado en pro de la cultura. Es la antorcha prendida por la protesta incendiaria contra la mentalidad desorientada de un chileno; antorcha iluminante del sendero por donde la juventud andina avanza con el entusiasmo de sus renuevos ascendentes hacia el reino de la cumbre, desde donde pronunciará el verbo de la América autóctona.

Y aquella cumbre se exhibe ante la perspectiva de «La Sierra» como mandato del pasado superviviente que enseña, como la oportunidad del presente transitorio que entusiasma y como la promesa del futuro inagotable que sugestiona.

Y la novísima doctrina del pensamiento escrito es proclamada por Víctor J. Guevara, que, en esta tesis de novedad brillante, tiene a Gonzalez Prada como su precursor.

Efectivamente, Gonzalez Prada afirma: «el periodismo tiende, no solo a formar el alma colectiva de un pueblo sino la conciencia de la humanidad». Conciencia—a la postre continúa Guevara—que debe ser libre e independiente de los Estados banderizados, y con existencia garantizada por su propia función soberana, gracias a la solidaridad y cooperación entre los periodistas del mundo, ciudadanos futuros de la Gran República de la Prensa Supracionalizada en el advenimiento del Porvenir.

La Supracionalización de la Prensa es una reciente página de la historia del periodismo aún no escrita, página

que traduce el notable pensamiento colectivo que tiende a satisfacer una aspiración: pensar libremente y escribir el verbo de la justicia en el sentido del deber, que es «la idea de la vida perfectible». Y la plenitud del deber hace que la humanidad sea más humana consigo misma. Desde luego, el periodismo se pronuncia por el triunfo de esta causa ética en la marcha ascendente de la civilización.

La Supranacionalización de la Prensa, como una nueva doctrina, proclama la hermandad entre los que, mediante el periódico, vivifican las renovadas inquietudes del pensamiento que, en alas del papel impreso, vuela hasta donde los libros no pueden llegar, e ilustra con las noticias importantes que trasmite rápidamente, multiplicando así el conocimiento de la vida plena, y educa con los artículos doctrinarios escritos oportunamente, formando así la conciencia altruista de la humanidad que vive reformándose.

La Supranacionalización de la Prensa es la antorcha prendida en el fragor de la protesta reflexiva contra la mentalidad desorientada del delegado chileno ante la Liga de las Naciones, que se pronuncia porque la difusión rápida de los anhelos de paz entre los pueblos, mediante la prensa, sea el método propicio para alejar las tentativas guerreras.

«¿Se acuerda que ha de servirse de la prensa y se olvida que tiene que asegurar su tenencia!» Así apostrofa Guevara, y luego agrega: Antes que todo, urge que la prensa tenga derecho a su propia existencia, no solo en pró de la paz, sino para el apogeo del orden jurídico que

haga efectiva la fraternidad en el mundo.

Esta nueva doctrina es antorcha iluminante del sendero de la juventud contemporánea. El mismo Maestro Guevara—antes de sintentizar sus brillantes ideas—invoca la acción renovadora de la juventud, para que la utopía de hoy: la supranacionalización de la prensa, llegue a ser la realidad de mañana: la soberanía del pensamiento escrito.

Pero esta antorcha hay que mantenerla siempre ardiente y llevarla muy alta: tiene que alumbrar constantemente un horizonte inmenso de la vida; donde el entusiasmo personificado se llama juventud.

Por eso, desde las páginas de «La Sierra» abiertas ante la perspectiva del desfiladero andino, invoco que el doctor Víctor J. Guevara sea el apóstol del nuevo Evangelio; que el mismo lo ha proclamado, con la convicción de que no hay Evangelio sin cátedra, ni apostolado sin verbo libremente pronunciado en la lucha heroica por la vida superior. Sea pues, el doctor Guevara el fundador de la Cátedra de Periodismo, la primera de las Universidades latino-americanas. Su verbo, como la tempestad en los Andes, tendrá eco en todos los confines del mundo. Sus lecciones, como el adveni-

miento del porvenir, serán recibidos por sus discípulos espontáneos y transmitidas en el ritmo de las inquietudes sucesivas a través del tiempo y el espacio, para que la perseverancia haga triunfar el nuevo pensamiento surgido, como el Sol de la renovación humana que brilla luciendo su esplendor, en la nieve impoluta de los Andes milenarios.

Como miembro del Tercer Congreso Científico Pan-Americano, con una ponencia mía, obtuve la conclusión CXXXIV sobre la creación de la Cátedra de Periodismo en las Universidades de América.

Y ahora, que este glosario de la vanguardia periodística dedico al doctor Guevara, le renuevo mis simpatías de discípulo suyo en la Facultad de Ciencias Políticas, y formulo votos porque el célebre autor de **LA SUPRANACIONALIZACIÓN DE LA PRENSA** sea el fundador y primer catedrático del Periodismo. Así la intuición de un discípulo, el talento de un Maestro y el entusiasmo de la juventud contribuyan a vivificar el **ALMA AMERICA**, hecha por la América y para la Humanidad, en aras del altruismo *Deo juvante*.

Eladio LIMACO.

Noviembre de 1926.

Estudio de Arte Fotográfico

— DE —

Julio C. Acevedo

Premiado con medalla de oro en el Certamen del
Cuzco en 1918

Ejecuta toda clase de trabajos fotográficos y atiende llamadas a domicilio

LIMA — GUADALUPE, 1050 ALTOS — PERU

Panteísmo Andino

Para "La Sierra"

MONOLITO

Ahí, encajado en la culata de los cerros, en la linde del camino que bordea la cordillera, yergue su recia soledad el Monolito.

Las huestes milenarias del Tiempo apenas si le han hecho esa hendidura, tal un golpe de makana en la cabeza ya chata.

Monolito!, que indio formidable estarás en tu entraña. Por eso tienes la modalidad del que espera.....Y mi alma lírica y kechua, al vagar por los caminos que serpean las quebras y, a gatas se encaraman por sobre el lomo de las apachetas, te saluda; Monolito, con gesto de kondor, al pasar; ¡qué indio formidable estarás en tu entraña!

NIEVE

Blancor y reberbero de nieve.

Albo himno del silencio del Ande. Crestería enhiesta de picachos de marfil, y en la pampa enorme, por sobre la chillhua enharinada, salvaje y regia vânsen, camino del descanso, las pakochas, mientras el Sol azaetea púrpura sobre sus vellones.

Sigue nevando. ¡Oh, cómo quisiera ser picacho! Nevarme, nevarme hasta ser albo. Cómo correrían mis lágrimas por los ventisqueros profundos y alborotados. Un día mi sangre teñiría los senderos, por donde van los indios y los pakochas, camino de las quebras.....

AYA INTI

Vuelven al bohío el indio de espaldas fuertes y Mariacha, la moza de mira-

da hosca y profunda como un honda zo.

Ya han trancado el hato y el perro se acurruca a los pies de la vírgen, cuando esta juega con la pelambre áspera del can.

Y el padre otea el paisaje, como un puma ante el peligro.

Y la tarde, al trote, se vá por sobre las montañas.

Y el Sol, el padre teogónico, tiñe de un rojo de Muerte: las cresterías, las cercas del bohío, los albos vellones del hato.

Aya Inti!

Dice, Mariacha, y sus dedos se pierden en la maraña lanuda del can.

Aya Inti!

El Sol de los Muertos. La caricia lánguida, rojiza, del padre teogónico, precursora de la solemne música del silencio y las sombras, en las noches del Ande.

PIEDRAS

Qué cataclismo harbotaría estas inmensas piedras?

Piedras, toscas piedras; barro en las manos de un DEO IGNOTO que forjara la Raza.

Piedras, cada una es un indio musculoso que duerme enfermo de tristeza. Dice, cuando el granizo tamboriletea el lomo de la cordillera, las piedras tiemblan!

Piedras de las culatas de los cerros, que desde la lejanía los viajeros ven indios y cerca surgen bloques enormes como admiraciones.....

Piedras que tienen la modalidad del que ora: son los indios que hablan las grandes palabras de silencio, que no hemos aprendido a oír.

Piedras inclinadas en grandes hileras, así se quedaron al paso del Inka Emperador, el día de la gran tragedia.

Piedras solitarias: tal vez una ñusta, quizás un lírico indio enfermo de amor.

Piedras: dicen los indios que en las noches de nevazca lloran; por eso son sagradas; por eso son enormes; por eso unas tienen venas de sangre; por esos las grandes escojen las alturas donde muy tarde se pone el Sol.

FE

Veinte años salvajes de energía.

Yo soy en el abismo el torrente que ruje, la piedra que se despeña, lo que cae y rebota.....

Yo soy el llano el viento que grita sobre el pajonal, por entre las quiebras rumor de quejidos, de hambre, de amor, de altura, de verdad...

Y, son mis veinte años, veinte corceles ávidos de trotar hacia veinte horizontes.....

José Z. PORTUGAL

En el altiplano Aimara, en 1926.

REFLEXIONES

Sólo las grandes ideas resuelven los grandes problemas. Hay que edificar as ideologías con cimientos de ideas graníticas; hacer lo contrario, es ir al racaso. Las montañas resisten al huracán.

La grandeza de un organismo está en razón directa con la nutrición integral de sus partes. Alimentar la parte es debilitar todo el organismo. En esto consiste la debilidad del Perú.

El Regionalismo es el teorema que ha de demostrar la gran verdad de hacer grande el Perú, a la América y a la Humanidad. Si queremos ser poderosos y libres, y amamos el porvenir, reaccionemos decididamente contra todos los anacronismos.

Ciertos hombres labran su poderío, enriqueciendo a algunos y haciendo mendigar a los demás. Por amor al Progreso y a la Humanidad, odiamos las desigualdades humillantes y apoyemos siempre las santas equidades.

La Política es el gran teatro donde se engaña al pueblo con representaciones de la última especie. El actor que más agrada es el que mejor le explota. El Líder es casi siempre el héroe de una hazaña maquiavélica.

ALBERTO MOSTAJO.

Puno, 1926.

EL PONGO

Las rocas se le muscularon
en las pantorrillas ocres

50
leguas
ha caminado el indio Willka

Y apenas gustaba
de las caricias de su amada
en la chujlla renegrida,
llegó el hijo del patrón
a imponerle la bicoca
de una nueva marcha

de
50
leguas distendidas
interminablemente
de espinas y rabia
en el corazón

celoso y fiero.

Sergio S. CALLER

Emoción numérica de la mujer perdida

20904 horas más aquí
de cuando no dijiste ya nombre
4000 kilómetros para borrar tu beso

Y ESCUCHO TU AMOR
en el pavoroso número 20904 al exponente 4000

NEGATIVO

en el álgebra de los recuerdos

A LA NUEVA MUJER SE LE HA DE AMAR EN LOGARITMOS

Emilio ARMAZA.

Visiones de la Puna

Jaukkara

Desde la madrugada; ascien-
do sin descanso, por el lomo
abrupto de la cordillera. He dejado
atrás el valle ubérrimo, las campi-
ñas fecundas y la tibieza aromada de
la floresta. En silencio, oprimido de
nostalgias vagas, miro cómo mi ca-
ballo va pisando la cinta ocre del ca-
mino, que el genio de la montaña co-
bra desde la lejana cumbre, en brus-
cos tirones. El camino ondula, se re-
tuerce por laderas y barrancos, y lue-
go como aterrado por el abismo se
ha parado inmóvil, en súbita cata-
lepsia.

La montaña que muestra sus flan-
cos rocosos a través de una fina gasa
de niebla, es alta y magestuosa. La
llaman Jaukkara. Es un Dios de ro-
ca, flagelado de granizos; callado y so-
litario. Allí, y en la cumbre, sonora
de tempestades, muestra la blanca
pureza de la nieve milenaria, en su ní-
tido esplendor. La montaña es bien
alta, tan alta, que de donde la veo, es
apenas un miraje tenue; se la creería
irreal, si no fuera por la base que se
precisa pavorosamente hierática, con
sus vertientes escarpadas, tajeadas
de abismos, en cuyo fondo el viento ru-
ge con salvajes alaridos.

Nos contempla en silencio. Para
la montaña debemos ser, invisibles
gusanos trepando penosamente, aquí
abajo. Ella es muda y agreste, y su
silencio llena toda la puna; y repercu-
te en la raza que desde miles de años
pulula a su falda. Y la raza, como
ella es ríscosa y taciturna. Nada
pueden los hombres contra ella; y en
cambio, la montaña les imprime el se-
llo de su omnipotente grandeza; todo
lo estoico, lo fuerte, lo rudo, les viene
de su genio incontrarrestable. Por
el camino que la ciñe desgastando sus

flancos, recorren en contrario rumbo,
kollas y keshuas. Un perenne anhe-
lo de inquietud y fuga hormiguea a
sus plantas. Y la montaña, seno
rígido, de cuyo pezón fluyen los ríos,
la montaña erguida desde las remo-
tas convulsiones cósmicas, atisba; vi-
gilante del portentoso proceso de los
siglos, fugaces minutos que se van al
misterio y a la nada.....

Hay que ascender aún.....Hacia el
tramonto, hemos ganado por fin el
abra. Estamos sobre la garganta
misma, oteando el panorama que se
dilata y huye hasta perderse en leja-
nías de ensueño. En torno sólo la
monstruosa dentadura de la cordille-
ra que muerde implacable los cielos
vacíos. Postreras ascuas del sol arden
maravillosamente. ¡Es un crisol de
rubí que crepita de rojo vivísimo so-
bre las cumbres!.....

Descendemos patinando sobre el
suelo humedecido por las lluvias. La
noche se avecina, y un manto de cen-
za empieza a cubrirnos. Hacia este
lado, hay un lago. Parece encantado;
tal es su quietud y su recogimiento.
Cuando otro día, bajo la candente
fogarada del sol se desgarré la gasa
de la niebla, y venga en tumultuosos
turbiones de nieve derretida, y se col-
me esta copa azul y rebosante, el ge-
nio invisible de la montaña, la alzaré
en sus puños de granito, en un brindis
soberbio.....

Nos asedia la noche. Uno por uno se
han esfumado los tonos violeta, los
tintes rosa, los celajes sangrientos y
se han diluido en su masa sombría.
Un anillo espeso de tiniebla nos cir-
cunda. Mi caballo sigue indiferente,
desmenuzando guijarros y sacando
chispas con sus férreos cascos; pero
yo me siento infinitamente solo. El

fúnebre negror de la noche me llena de un mundo de temores. Los hombres que pueblan estos páramos tejieron en su imaginación infantil, leyendas atroces. Me parece ver los fantamas que trepan desesperadamente sin alcanzar jamás la cumbre, y ruedan fatigando los ecos con sus gritos siniestros.

das me sobresalta: son las garzas que se alzan insomnes revolando en las sombras; quimeras blancas que me dicen adioses o presagios. Súbito doy un brusco espolonazo a mi caballo y nos perdemos en la noche. Atrás, lá montaña nos azuza, con el látigo cortante de sus rachas gélidas..

Un suave rumor de alas sorprendi-

LUCAS GUERRA SOLIS

ENCUESTAS

Publicamos a continuación los cuestionarios que sobre los problemas indígena y agrario, promueve "La Sierra", entre sus colaboradores y los que se interesan por la pronta solución de tan graves y complejos problemas. El número de preguntas puede ser ampliado según el criterio del opinante. No dudamos, que temas de tan honda trascendencia, suscitarán el entusiasmo de los estudiosos de las cuestiones sociales y de quienes se preocupan por la justa repartición de la tierra y de la humanización del indio aborigen. "La Sierra" está a disposición de los que quieran expresar su opinión con seriedad y altura de miras.—J. G. Guevara.

EL PROBLEMA INDIGENA

- 1) Qué clase de problema es el de los indios en el Perú?
- 2) Cuántos problemas quedan comprendidos bajo ese enunciado?
- 3) Cómo se debe resolver cada uno de ellos?
- 4)Cuál la acción que deben tener el Estado y las Municipalidades en su solución?
- 4)Cuál la acción de la clase pensante, la estudiantil y la obrera?
- 6)Cuál el género de instrucción y educación que debe emplearse?
- 7) Como debe fomentarse el cruzamiento?
- 8) Convendrían los mitimaes o trasplantaciones?
- 9)Cuál la influencia de la vialidad en el problema indígena?
- 10) Tiene similitudes con el ruso u otros?
- 11)

EL PROBLEMA AGRARIO

- 1) Cuáles son los fundamentos que dan preeminencia razonable a la industria agrícola en el Perú?
- 2)Cuál es el carácter general actual de la agricultura en la Costa?
- 3)Cuál es el carácter general actual de esa industria en la Sierra?
- 4)Cuál en la montaña?
- 5)Qué régimen agrario convendría adoptar en cada una de esas regiones?
- 6)Qué medios deben emplearse para la transición al nuevo régimen aconsejado?
- 7) Sobre que bases debe fraccionarse y pulverizarse el latifundio?
- 8)Cuál debe ser la situación jurídica y la labor del Estado, de las Municipalidades y de los Cuerpos Administrativos, en la solución del problema agrario?
- 9)

L A T R I L L A

(Cuentos de la Pampa)

Del libro en prensa "Fogón de la Raza"

Desde lejos se escucha el galopar de cien caballos montañeses. El desesperado ladrido de los perros de la rancharía. Los silvidos agudos como limaduras resbaladas sobre estriados metales; y sobre todo, la voz cascada y ronca del pampero, que grita haciendo chasquear el zurriago por encima de la tropa que avanza envuelta en una nube de polvo: ¡¡hurreea.....hurreea.....sarnaaaa.....sarnaaaa..!!

Son los mozos de la hacienda, que para la trilla han hecho el rodeo en la puna, de los cerreros indómitos y chúcaros, de cascos deformes y duros; de relucientes ancas, imponentes gatillos y agilidades salvajes.

Remiendos gualdos se divisan en las lomerías de los cerros y en la pampa cana, diseca y polvorienta. Las parvas de trigo deseminadas con profusión y a pequeñas distancias, cual tiendas de un ejército que ha hecho un alto reparador, esperan la tridente horqueta indígena, que les desparrame como una redcecilla en el suelo; para que las bestias desgavillen luego, haciendo brotar con sus cascos «chancacos», y en ruedos vertiginosos el diminuto oro del cereal campesino.

Los campos están amarillos, con un amarillo irritante y nauseabundo de marchita flor de nabo. Los caminos cubiertos con un polvo fino, doblan sus distancias por su aridez, y acentúan su palidez terrosa. Los cerros negros y recortados por la quemazón, para que nazca el pasto nuevo. En tanto; anochece el paisaje. Las lagunas silenciosas sin una parihuaná, rodeados por un ralo total,

que con el viento delgado y filoso produce un sonido chalar, como un quejido, se han convertido en miserables charcos de diciembre. Los animales flacos, lanudos y desfigurados, buscan impacientes el verde pasto de las «moyas». Las «chaiñas», de camiseta amarilla, han anudado sus cantos y gorgoros armoniosos y yacen tristes y pietistas en las esqueléticas ramas de los árboles, como meditando la muerte de sus compañeras en la helada del día anterior. El «lequecho» de ojos trasnochados, ha bajado ya de la puna, y se oye a toda hora su lek lek.....de centinela. La única que no ha perdido su humor y alegría, y, niñea, invariablemente, la eterna poesía de la pampa, es la gavota.

El tambor de maniática tocata funeral, la corneta de voz resfriada y ébria, del licenciado de ejército; y el pito chillón y rajado; y los cornetines de los muchachos hechos de canutos de haba, anuncian la época de la cosecha, de la trilla,

Uno que otro parvero, falta aún levantar y los indios activos y encorvados por el peso, trasladan el trigo a la era con ligeros pasos sincrónicos, que se marca en el chacleteó de sus flojas e invulnerables ojotas, sobre la franja seca del camino. Todos tienen las caras ennegrecidas y escarbajeadas caprichosamente, como por un carbón caricaturesco. El más fuerte, el que es capaz de llevarse un «matrero» a la espalda, toma el nombre de capitán; y va a la cabeza de los cargadores, tocando en cada descanso su corneta relumbrona, cuyas borlas pendulean, rítmicamente, al aire.

Ha llegado el momento de la «hurka», así lo anuncia el «mandón» fijando sus ojos infalibles, en el quemante disco del sol. Se sientan uno tras otro, formando una larga hilera todos los trabajadores y principian los comentarios, mientras se anima la charla y las bromas maliciosas hacen estallar sonantes carcajadas. De unas servilletas pringosas, levantan el mote y se lo echan a la boca de distancia,

alternando con grandes sorbos de chicha. Un cholote mayordomo, que vigila con el ronzal terciado a la espalda, da la voz de levantarse. Todos se han puesto de pie menos el capitán que parece enloquecido; habla incoherencias y frases incomprensibles y reuértese en el suelo para levantarse, dar vueltas, saltos desordenados, y correr hasta caer bruscamente. Una risa interminable sale de labios de to-



Aventando trigo y trigazón a los ojos de los indios que se restregan furiosos y amenazantes.....

dos los trabajadores q' gritan: ¡«campanillasca»..... «campanillasca»!!y lo dejan; dirigiéndose cada cual al trabajo, con las caras sonreídas, hablando todo el día sobre lo ocurrido e inquiriendo sobre el autor, que no debe ser otro que aquel, que le vá en zaga en levantar pesos, es decir, el futuro capitán, quien debe recibir una arroba de licor, por haber caído en la trampa, el jefe anterior.

Una vez el trigo en la era, las rústicas horquetas desparraman los parveros sobre el pasto, como una doble malla crema, reluciente al sol primitivo y castigante de junio.

El sol luido y gastado, con reflejos de pulida piedra, a causa de la neblina plomiza, cual ala de gaviota tier-

na, se ha deslizado sin ser advertido, trasponiendo las altas cumbres. Como retazos de charol negro relucen los fangos y, los «petanquillos» esmerilados han detenido la circulación de los riachuelos, cual planchas de empañado cristal. Convalecientes y dislocadas se escuchan las agudas notas de los cantares de una zagala, que arrea su rebaño, y a la distancia parece figura de paisaje japonés. De un corral lejano se escucha el mugido atiplado y asmático de los baguales y el rebuzno fresco, sensual y fanfarrón, con ribetes metálicos, del burro semental; y muy cerca el relincho juvenil de un potranco, como la soldadura gritada de las dos vocales más débiles del abecedario, uijijiji... uijijiji...

La pampa está velluda, con un vello blanquecino de helada, como un campo de esquila, cuando de pronto se escucha el sordo sonido del galopar de los cerreros sobre la grama. Vienen a la trilla.

Sobre el trigo extendido, la tropa amaestrada principia la veloz ronda, hasta volverse atigrados y crespos por el sudor, lanzando bocanadas de humo por las fauces vibrátiles, mientras avivan la tropa la argolla de indios que azuzan a las bestias, batiendo sus ponchos multicolores, haciendo reventar sus hondas, y gritando, como en el «rodeo», incansables, hurrea...!!... hurrea...!!... y terminando en una prolongada vibración labial.

Dentro de la era, en mitad de la carrera circular, un caballo ha dejado resbalar una pata, aventando trigo y trigazón a los ojos de los indios, que se restregan, furiosos y amenazantes. Otro caballo, ovillándose, cae de hocicos sobre la paja, mientras la rueda lo atropella y pasa por encima. Por fin se levanta, con mucha dificultad, terciamiento y embrujado, las narices y los ojos llenos de paja menuda, desigualada la oreja por la rabia y la cólera, como si comprendiera la coreada mofa de los cholos. De vez en cuando saltan algunos huidizos, y escapan de la era, derribando varios indios, rompiendo la argolla y disparándose por la pampa como con cien mil latas amarradas en la cola, relinchando desesperados sin encontrar su tropa.

La única sufrida es la «madrina», una yegua panzona y a medio pelechar, gibosa y con las ancas salientes, útil sólo para cebo de cóndores, que, con los cascos amuñonados y filudos como una reja, las patas peludas de alpaka, la cola recortada como una brocha, la cara risible, el pelo que le cae como una charamusca, da vueltas con una carona roja sobre la espalda, con tal gana, que parece carnero ventado; es la que sirve de guía y ejemplo.

Una vez terminada la trilla, se avientan los montones de trigo hacia el

viento. Un hombre sube encima de cada montón; son fantoches indígenas, verdaderos espanta-pájaros de trigo, las cabezas amarradas con unos ponchos polvorientos, el cuerpo hundido hasta la mitad en el cráter del parvero, y puesto con un toscó «jubón», cuyas puntas traseras juegan con el viento cómicamente.

Por las noches, la pampa parece un incendio colosal, las fogatas se multiplican, para combatir el frío entumecedor, mientras se escuchan las voces de una quena y de una charanga, que armonizan dulcemente; y la chola de ojazos negros, recia compleción, líneas firmes y tez morena, ladea un pañuelo en las manos y quiebra su cuerpo graciosamente en un «huaino» condimentado y eterno; y le sonríe al cholo que le lanza sus cuchufetas maliciosas y sus palabras de amor. Los asistentes, sentados en rueda, beben y palmotean al compás, ebrios de licor y de alegría. Mientras, la fogata parece danzar, contagiada y elástica, al compás del viento.

En la hacienda sólo el patrón duerme, satisfecho y tranquilo. Muy cerca, el «ñancuru» lloriquea en el potrero, como una criatura recién nacida, y el sapo tlak-tlakea su canto plateado y monótono; y los grillos corean, desparramados por doquier, como cien mil rosetas roncadoras de pampero, sacudidas rítmica y distraidamente.

La trilla ha terminado; las trojes rebosan de granos, y los regnicolas llenan la ciudad en busca de trabajo, una vez que tienen asegurada en sus «pirhuas» la comida para todo el año. Sólo el patrón, el amo, el gamonal despótico, traslada su cosecha pingüe para la venta.

Un humo denso cubre la pampa, enfermando animales y hombres; es el humo de la selva quemada. La luna sale por las noches, como un disco rojo y candente; el indio supersticioso lee y descifra en ella fatales nuevas o alegrías futuras.....

HUMBERTO PACHECO.

Dr. Humberto Luna

† EN LIMA EL 15 DE DICIEMBRE DE 1926.

Una vez en prensa nuestro primer número nos sorprende súbitamente la desaparición del escenario de la vida, del doctor Humberto Luna, actual Director del Colegio de San Carlos de Puno.

El doctor Luna fué uno de los pedagogos peruanos más capacitados. Las varias obras que sobre «Metodogía» y «Pedagogía» escribió, sirven de cursos principales de estudio en nuestros centros de instrucción. Su trabajo «La Educación de los aborígenes en América», es un profundo estudio de la psicología indígena, en que aboga por los nuevos métodos que se necesitan poner en práctica para elevar el nivel moral y espiritual de la raza.

El doctor Luna fué decidido fautor de «La Sierra». Los estudiantes cuzqueños y la redacción de esta revista, nombraron al que estas líneas escribe para que les represente y lleve su palabra al sepelio del doctor Luna, como un homenaje de simpatía al colaborador y paisano.

Los Colegios de Huancayo y Puno, la Dirección de Instrucción, la Escuela Normal de Varones y otros centros culturales estuvieron representados. La Juventud Radical de Puno, igualmente me delegó su representación para honrar la memoria del distinguido pedagogo nacional; desgraciadamente llegó tarde el telegrama.

La Redacción de «La Sierra», se inclina reverente ante la tumba del doctor Humberto Luna, uno de sus mejores elementos.

J. Guillermo Guevara

“LA SIERRA” - Órgano de la Juventud Renovadora Andina

Revista mensual de cultura. — Letras, Ciencias, Arte, Historia, Ciencias Sociales y Polémica.

Suscríbase pronto. De esta manera contribuirá a dar vida a “La Sierra” que significa un vigoroso esfuerzo de Juventud y un alto exponente de la cultura nacional.

Suscripción por un año, en provincias..... S. 5.00

Suscripción por seis meses, en provincias..... S. 2.60

Suscripción por un año, en Lima..... S. 4.50

Suscripción por seis meses, en Lima..... S. 2.30

Descuentos especiales a los avisadores.

NOTA—Toda correspondencia referente a “LA SIERRA”, debe dirigirse al Secretario de la Revista Sr. J. Guillermo Guevara.—Lima—Perú—La Condesa 152.

AVISOS PROFESIONALES

Emilio Romero
Juan A. Jiménez

ABOGADOS

Estudio: Lima - Edificio ITALIA No. 204

Luis A. Estrada Galdo

ABOGADO

ESTUDIO: AYACUCHO (LA RIFA) 332

Departamento 7 - Teléfono 1861

J. Félix Silva

ABOGADO

LIMA - AYACUCHO, 527

Dr. Godofredo Loli

NOTARIO

Negreiros 521 — Teléfono, 1731

Moisés Encinas

DENTISTA

MIRAFLORES, LA PAZ, N° 14

Consultas de 3 a 6 p. m.

Horacio Rozas Suárez

Cirujano - Dentista

LIMA — ORTIZ, Núm. 355

Consultas de 10 a 12 m. y de 2 a 6 p. m.

Dr. Adolfo Villanueva

CIRUJANO-DENTISTA

Especialidad en planchas completas (dentaduras postizas) por moderno sistema americano. Extracciones difíciles indoloras.

Consultas de 9 a 12 m. y de 2 a 7 p. m.

La Condesa, 191, altos

Dr. Carlos A. Bambarén

Médico del Hospital "Dos de Mayo"

ENFERMEDADES MENTALES
Y DEL SISTEMA NERVIOSO

Consultas de 1 a 4 p. m.

Avenida Wilson, 494 - Teléfono, 3155



Introducción
adagio de 63

SURAY-SURITA

Roberto Ojeda

P. Cres rall

I Cay son-ccoy - tan ca-ma-chi-ni Huay llac-tay Su-ray Su-ri - ta

A - man mu-nan-qui-cho nis- pa Huay llac-tay Su-ray Su-ri - ta

rall Huay llac-tay Su-ray Su-ri - ta Final

rall... morendo *fff*

Sinccoylacsi cutichibuan manan maqipichu nispa
Huay llactay Suray-Surita Huay llactay Suray-Surita

